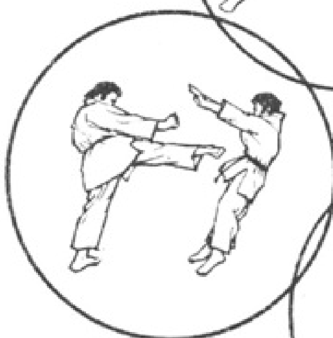


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

LA ESCUELA DEL MAESTRO SHOJI


COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

36. El signo del alacrán, Curtis Garland.

37. Un placer a su alcance. Ralph Barby.

38. Los cruzados amarillos. Curtis Garland.

39. Kung-Fu por una rubia. Peter McCoy.

40. Funeral por un canalla. Clark Carrados.

LOU CARRIGAN

LA ESCUELA DEL MAESTRO SHOJl

Colección ¡KIAI! n,° 41

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA -BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4

Depósito legal: B. 29.958 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: octubre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Al principio de la clase se había hecho un poco de gimnasia. Sólo la justa para el precalentamiento muscular, a fin de evitar, luego, en lo posible, las lesiones, al realizar los esfuerzos del entrenamiento de judo.

Luego, se había llevado a cabo una buena sesión de Ne Waza, con todas sus variantes de Katame Waza, Shime Waza y Kansetsu Waza (1). Después, ya en pie, se había realizado una dura sesión de uchikomi, o sea, la repetición para el perfeccionamiento de los movimientos de proyección (Nage Waza) del adversario.

Y finalmente, el deseado y esperado randori o entrenamiento de pie, en el que los jóvenes practicantes de judo ponían todo su entusiasmo y tesón. Agarrados mutuamente por la solapa izquierda y el codo derecho, evolucionaban por el tatami a la espera de la ocasión para proyectar al compañero, o provocando esa ocasión, con desequilibrios o fintas de engaño.

Impasible el rostro, Matsuo Shoji, el viejo maestro japonés 6.º Dan de Judo, director y propietario del Shoji Dojo, paseaba entre sus alumnos, haciendo, de cuando en cuando, una observación, dando un consejo, exponiendo amablemente una constructiva crítica:

(1) Ne Waza es la lucha en el suelo, que abarca inmovilizaciones o control del adversario (Katame Waza), las estrangulaciones (Shime Waza), y las llaves al brazo o luxaciones (Kansetsu Waza), formando así toda una gama de recursos que convierten al judoka en el más temible adversario en la lucha en el suelo.

—Gira más sobre el pie izquierdo.

—Saca más la cadera hacia la derecha.

—Atráelo más hacia tu cuerpo antes de proyectarlo.

—La tracción debe ser más fuerte con tu mano derecha.

Los alumnos parecían no oírlo, pero el movimiento era corregido inmediatamente..., para comprobar que, en efecto, siguiendo las instrucciones del Maestro Shoji, todo resultaba más perfecto, y, al mismo tiempo, más fácil. Si la proyección se ejecuta mal, un hombre de cincuenta kilos puede parecemos que pesa cien; si se ejecuta bien, un hombre de cien kilos nos

parece que pese treinta. Así de sencillo.

La mayoría de los alumnos del maestro Shoji eran de raza blanca. Había un par de negros, y algunos japoneses. Una mezcla muy comprensible en un Dojo situado cerca del Barrio Chino de San Francisco. Muy comprensible y muy significativa: nada de racismo. Sobre el tatami no habían razas, hombres de tal o cual color: simplemente, habían judokas.

—¡Maestro, que no me sale el uchimata! —casi gritó uno de los alumnos, desesperado, cuando Shoji pasó junto a él.

—¿Cómo te ha de salir, Benny, si en lugar de atraer a Jasper hacia ti lo empujas hacia atrás con el trasero? ¿Me permites?

En un total silencio súbito, el viejo Shoji se saludó con Jasper, lo asió por la solapa y la manga, y comenzó el movimiento.

Despacio.

Muy despacio, marcando lentamente cada uno de sus gestos, de sus movimientos, que, en realidad, era uno solo, formando como un bello dibujo, como un sorprendente paso de danza. Ante todo, desequilibró a Jasper hacia delante; sin brusquedades, una lenta pero continuada tracción; con la mano derecha lo colocó sobre las puntas de los pies y con la izquierda continuó tirando de él, al mismo tiempo que comenzaba a girar para darle la espalda. En el momento en que Jasper comenzaba a quedar pegado a su costado derecho, Shoji acababa de girar, colocaba su pie izquierdo entre los dos de Jasper, continuaba tirando ahora que los dos cuerpos estaban en pleno contacto; introdujo la pierna derecha entre las de Jasper; continuó tirando de él, se inclinó, flexionando la cintura, todo el peso de su cuerpo ya sobre la flexionada pierna izquierda. Siempre tirando de Jasper, su cabeza bajó, guiando al torso, y giró hacia la derecha, al mismo tiempo que la pierna derecha subía, recta, impactando suavemente en la cara interna del muslo izquierdo del alumno...

Este fue alzado, giró en el aire, y cayó completamente de espaldas, delante del maestro.

Sencillísimo.

—¿Lo has visto bien, Bennv?

—Sí, Maestro.

—Demuéstramelo.

En alguna parte se oyó una risita de cachondeo, pero Shoji se limitó a

apretar un poco los labios, intentando en vano contener la sonrisa de afecto. No había mala fe en aquella risita: simplemente, el convencimiento lógico de que Benny no haría el movimiento como Shoji.

Y así fue, naturalmente. Pero, cuando Bennv se quedó mirando a Shoji, éste asintió con un gesto.

—No ha sido perfecto, Benny, pero ése es el camino. Sigue por él.

—Gracias, Maestro.

Shoji continuó paseando, los alumnos continuaron su entrenamiento. Kiai, golpetazos en la lona, resuellos, gotas de sudor que saltaban por todas partes, rostros tensos... El Judo. Shoji fue a sentarse en su sitio, a la izquierda del tapiz, y estuvo allá unos minutos, siempre mirando de un lado a otro, tomando buena nota de las peculiaridades de cada alumno. No todos podían hacer las proyecciones del mismo modo, ni todos tenían las características tísicas para todos los movimientos, así que había que vigilar qué proyección era la más adecuada para cada alumno, a fin de obtener, de éste, el máximo rendimiento, la máxima eficacia. Esta es la auténtica labor del verdadero Maestro.

Finalmente, Shoji se puso en pie, y batió palmas. Los alumnos dejaron inmediatamente el entrenamiento, y fueron a sentarse frente a él, al otro extremo del tatami, arreglando sus judogis, anudando bien sus cinturones, limpiando el sudor de sus frentes con las mangas. En total silencio, todos quedaron sentados en pocos segundos, en posición zazen, con las piernas bajo el trasero, flexionadas, los pies extendidos.

—La clase va a terminar por hoy —dijo Shoji—. Pero si alguno de vosotros se siente agresivo, insatisfecho en su desgaste físico, puede todavía desahogarse haciendo una línea de diez compañeros. ¿Alguien se siente agresivo?

Hubieron algunas risas. La línea de diez compañeros consistía en enfrentarse uno tras otro, sin descanso de ninguna clase, a diez adversarios, en combates de dos minutos. Veinte minutos de lucha sin tregua, que podía dejar roto a cualquiera..., suponiendo que fuese capaz de vencer a diez de sus compañeros.

Las risas fueron la respuesta, y Shoji la entendió.

—De acuerdo. Nadie se siente agresivo. Por lo tanto, cuando salgáis de aquí, seréis hombres agradablemente fatigados, personas que han terminado felizmente un día más. Habéis tenido, durante el día de hoy, muchísimas de las cosas buenas que el hombre puede pedirle a la vida: un sol hermoso, un trabajo o unos estudios, amigos con quienes convivir aprendiendo y

enseñando...

Shoji dejó de hablar. Su cabeza giró hacia la entrada, donde habían aparecido cinco hombres. Cinco hombres altos, fuertes, de rostros inexpresivos. Todos ellos de raza blanca, bien vestidos. En silencio, se sentaron en uno de los bancos que había junto a la entrada. Shoji desvió la mirada de ellos, para dirigirla de nuevo hacia sus alumnos.

—...Habéis tenido, también, vuestra sesión de judo, digno remate de un día feliz. Yo espero que al salir de aquí recordaréis precisamente que el judo es eso: convivencia. Por tanto, conviviréis bien con vuestros vecinos, con vuestros, amigos, con vuestros familiares, con vuestras novias... Sois más fuertes y hábiles que el hombre corriente de la calle, pero eso no tenéis necesidad de demostrarlo. Lo sabéis vosotros, y es suficiente. Recordad siempre esto, nuestro lema: la cortesía es la principal regla del judo. Sed corteses, amables y generosos... La clase ha terminado.

Los alumnos iniciaron el gesto para inclinarse en saludo al maestro, pero no lo terminaron, porque entonces sonó la voz de uno de los cinco visitantes:

—Todavía no. La clase continúa, muchachos.

Se había puesto en pie. Shoji lo miró atentamente, siempre inescrutable el rostro. Volvió a mirar a sus alumnos, y dijo:

—La clase ha terminado.

—Yo digo que no —insistió el otro—. Queda la parte más divertida de ella, viejo macaco.

Mientras decía esto, subió al tatami, por supuesto sin quitarse los zapatos, con lo que fue dejando sus sucias huellas sobre el verde tapiz. Los alumnos fruncieron el ceño. ¿Cómo se atrevía aquel tipo a entrar, calzado en el tatami? ¡El muy puerco!

Sin alterarse, Shoji dijo, con voz suave y clara:

—En este Dojo, soy yo quien dice cuándo ha terminado la clase, señor. Tenga la bondad de abandonar el tatami. Y acto seguido, mi gimnasio.

—Quien va a abandonar este nido de putitas bailarinas vas a ser tú, viejo mico... ¡Y vas a ir directo al hospital, te lo juro!

Al terminar su juramento, el sujeto lanzó su pie derecho hacia la cara de Shoji, el cual estaba ya lo suficientemente cerca para alcanzarlo de lleno. Pero, todavía sentado sobre sus dobladas piernas, Matsuo Shoji deleitó una vez más a sus alumnos: con el brazo derecho, desvió la trayectoria del pie del

hombre, suavemente, y éste perdió el equilibrio y fue a caer sentado, de espaldas a Shoji. El hombre lanzó un rugido, mientras los otros cuatro se ponían en pie...

—¡Esperad ahí! —gritó—. ¡Voy a demostrarle a este asqueroso amarillo que ha cometido un error!

Se puso en pie de un salto, encarándose de nuevo con Shoji, que continuaba sentado en zazen. Ahora completamente de frente al viejo japonés, el sujeto volvió a lanzar un puntapié... Esta vez salió peor librado. Shoji se decantó hacia su izquierda, con toda facilidad y naturalidad, y disparó su mano derecha, abierta, con la palma hacia delante, como queriendo empujar algo... ¡Y vaya si empujó! La palma de la mano dio en los genitales del tipo, que lanzó un berrido, palideció, y cayó de espaldas sobre el tatami, para encogerse seguidamente, y quedar de lado, inmovilizado por el dolor.

Los otros cuatro sujetos se apresuraron a entrar en el tapiz, con la misma desconsideración, es decir, sin descalzarse antes. Dos de ellos ayudaron a su compañero a ponerse en pie. Y cuando el humillado sujeto pudo reunir fuerzas suficientes, barbotó:

—¡Rompedle la cabeza al viejo mico! ¡Hijo de...!

Los cuatro hombres avanzaron hacia Shoji, que se puso en pie, por fin. Pero en seguida notaron tras ellos el movimiento del grupo de alumnos, así que se volvieron, y dos de ellos sacaron su pistola, provista de silenciador.

—¡Al que se mueva, lo matamos! —aseguró el humillado—. ¡Hemos venido aquí, precisamente, a daros una lección a todos, y eso haremos! Cuando hayamos terminado, no quedarán ni los huesos de este viejo idiota, así que esta, escuela de judo habrá terminado sus días... ¡Ay de aquel que volvamos a ver por aquí! ¿Está claro?

Las miradas de los alumnos fueron hacia Shoji, que movió la cabeza.

—No intervengáis —murmuró—. No sé quiénes son ni qué quieren, pero no intervengáis: no quiero que nadie resulte herido.

—¡Usted no tiene que molestarse en decirles a estos estúpidos lo que tienen que hacer! —exclamó otro de los sujetos—. ¡Ya lo estamos haciendo nosotros, y con unos argumentos muy convincentes!

Movió la pistola. El otro hizo lo mismo, sonriendo. Ambos se quedaron apuntando hacia el grupo de alumnos, mientras los otros tres se acercaban a Shoji, que permanecía inmóvil, como difusa la mirada de sus negrísimos ojos, perdida en el vacío...

—De modo que el vejete es peligroso, ¿eh? —rio el que había sido derribado con tanta facilidad—, ¡Pues vamos a pedirle otra demostración! ¡Y no usaremos las pistolas!

Metió la mano bajo la ropa, y sacó una porra. Los otros dos rieron. Uno de ellos sacó una navaja, y el otro una llave inglesa. Se fueron acercando a Shoji, cuyo rostro seguía inalterable... De pronto, se abalanzaron los tres a la vez contra él, blandiendo sus armas. El de la navaja fue quien más se acercó, lanzando un puntazo hacia el vientre del viejo Shoji, que retrocedió con un corto saltito hacia atrás, cruzó sus antebrazos delante de su vientre empujando hacia abajo, y el antebrazo del tipo de la navaja quedó frenado allí, con seco golpe; acto seguido, Shoji giró una de sus manos, asió la muñeca del hombre, efectuó una torsión del brazo, lo llevó hacia su sobaco encajándolo allí, y tiró hacia arriba de la muñeca.

El alarido del hombre fue terrible cuando, bajo los efectos de la waki gatame, su brazo se rompió como si fuese un fideo. Cayó de bruces, sin dejar de gritar, lívido como un muerto... Y en ese momento, el de la porra llegaba por la derecha de Shoji, que lo esquivó fácilmente, pero acercándose más al de la llave inglesa, que saltó hacia un lado, y soltó un golpe... La cabeza de Matsuo Shoji crujió, y el viejo maestro cayó de rodillas. El otro había girado, lo vio junto a él, y le dis-paró un puntapié que le acertó en los riñones, derribándolo de bruces... Con la cabeza llena de sangre, Shoji todavía intentó ponerse en pie. Sus labios seguían prietos, ni una sola queja o sonido había brotado de ellos. Los alumnos le contemplaban con expresión desorbitada, pero uno de ellos que comenzó a ponerse en pie, lanzó un alarido al recibir un balazo en el hombro, y salió disparado fuera del tatami.

—No —jadeó Shoji—, No, no... ¡Quietos todos!

La porra cayó sobre un hombro de Shoji cuando éste estaba' consiguiendo ponerse en pie. El dolor fue tan intenso que quedó como paralizado. Como en una visión de relámpago, Matsuo Shoji se vio a sí mismo cuando tenía veinticinco años, en los durísimos entrenamientos de judo... En aquellos tiempos, aquel golpe no habría significado gran cosa para él, pero ahora... ¡Ah, el viejo cuerpo que estaba camino del más claro declive físico. .!

Todavía intentó terminar de ponerse en pie, apretando los dientes. Pero uno de los que empuñaban pistola se acercó a él, y disparó su pie derecho, alcanzándole en el vientre. Shoji emitió un gemido, y volvió a caer de bruces, mientras el de la pistola volvía a apuntar a los alumnos.

Los otros tres estuvieron contemplando unos segundos al inmóvil Matsuo Shoji, hasta que el que había sido humillado sonrió torcidamente, se acercó, y descargó el primer puntapié. Los otros dos también se acercaron, sonriendo, y comenzaron a golpear con sus pies al viejo judoka...

—¡Yo no aguanto...! —comenzó a gritar Benny, poniéndose en pie de un salto.

Plop.

El muchacho lanzó un alarido al recibir el balazo en el muslo derecho y cayó de espaldas.

—Y esto no es nada —dijo el que había disparado—. La próxima vez que alguno de vosotros vuelva por este lugar, va a saber de verdad lo que es bueno. ¿Está claro?

Ni siquiera se oyó un respiro. Dos de los granujas se acercaron a su compañero del brazo roto, que se había desvanecido, y lo alzaron.

—Llevadlo al coche —dijo el que había hablado antes.

Volvió a mirar a Shoji, que yacía también sin sentido. Se acercó a él, alzó la pistola sobre su brazo derecho, y descargó un terrible golpe, que hizo crujir el hueso. Acto seguido se volvió rápidamente para apuntar a los judokas, como estaba haciendo el otro. Sonrió al verlos lívidos, como petrificados.

—Por esta vez —dijo pausadamente—, dejaremos las cosas así. La próxima, si tenemos que volver para convenceros de que no debéis venir más a este lugar, todo será mucho peor.

Cuando los cuatro hombres se fueron del Shoji Dojo, arrastrando a su compañero, reinaba en el lugar un silencio de muerte.

CAPITULO II

Estaba sentado en su lado del tatami, inmóvil, como si fuese de piedra, justo debajo del gran retrato del Gran Maestro, el creador del Judo, Jigoro Kano. Con la cabeza vendada y el brazo derecho escayolado, Matsuo Shoji parecía que ni siquiera respiraba. Su mirada permanecía inmóvil asimismo, difusa, perdida en la lejanía.

El tatami estaba vacío, sumido en un deprimente silencio. Ya no se oían los Kiai de los judokas, el deslizarse de los pies, los chasquidos de las caídas, los resoplidos... Ya no saltaban gotas de sudor a todas partes, ya no había allí aquel rumor de vida joven bien encaminada.

Sólo había silencio.

Delante del tatami había una pequeña mesita de des- pacho, en la que habitualmente, Matsuo Shoji había atendido a los alumnos que llegaban para inscribirse. Tras la mesa, la preciosa pelirroja contemplaba al viejo japonés.

—Parece que hoy tampoco vendrá nadie, señor Shoji —murmuró.

Matsuo volvió la cabeza hacia ella. Se llamaba Mary Jane Colby, y era, en verdad, encantadora, con su hermosa mata de cabellos rojos como el fuego, los grandes ojos verdes, de inteligente mirada. Su boca era roja, gordezuela, como una eterna invitación al beso... Pero ciertamente, Matsuo no pensaba en esas cosas, ni por asomo. Ni siquiera se le ocurría pensar que Mary Jane Colby tenía un cuerpo absolutamente sensacional...

Matsuo Shoji sólo pensaba en su escuela de judo, vacía y silenciosa.

¿Por qué? ¿Por qué había sucedido aquello? ¿Qué era lo que pretendían o habían pretendido aquellos desconocidos? Habían llegado allí, le habían dado una paliza brutal, le habían roto el antebrazo derecho, habían herido a dos de sus alumnos..., y habían desaparecido. ¿Por qué?

Por más que se esforzaba, Matsuo no lograba entender los motivos. El jamás había hecho mal a nadie, en ningún sentido. Sus alumnos eran unos muchachos excelentes. La Shoji Do había conseguido un magnífico prestigio en sólo dos años... No lo entendía. Habían pasado dos semanas desde que ocurriera aquello, y por más que pensaba, Shoji no lograba entender nada. Lo único que sabía era que, no queriendo perjudicar a sus alumnos, había decidido cerrar la escuela. Si se hubiese tratado de él solo, se habría quedado, y habría afrontado lo que fuese, ya más preparado. Pero no tenía derecho a complicarles la vida a aquellos muchachos, así que había decidido tener la

escuela de judo cerrada, y venderla... Es decir, vender el local. Se acabó.

Pero ni siquiera para comprarlo aparecía nadie. Era como si Matsuo Shoji se hubiese quedado solo en el mundo, como si el Shoji Dojo estuviese en un rincón perdido del planeta, al cual nadie pudiera llegar.

Bueno, excepto Mary Jane Colby. Había aparecido por el Dojo al día siguiente de regresar Matsuo Shoji de la clínica. Se presentó, dijo que acababa de llegar de fuera, que quería trabajar en San Francisco, y que, como en su residencia anterior había practicado el judo, quería practicar también allí. Shoji le dijo que la escuela estaba cerrada, que no admitía alumnos. Finalmente, conversando, llegaron a un acuerdo: como quiera que Mary Jane acababa de llegar a la ciudad, y no tenía alojamiento todavía, ni andaba sobrada de dinero, podía quedarse con Shoji, ayudándole a cambio del alojamiento.

Shoji aceptó. No por él, que no necesitaba gran cosa, sino por ayudar a la muchacha. Ella fue la que puso el anuncio en los periódicos indicando la venta del local, y seguía allí, manteniendo limpio el Dojo, haciendo la comida, cuidando la pequeña vivienda del viejo japonés que había encima del local... Los dos estaban perdiendo el tiempo, pensó Shoji, Nadie vendría a comprar el local, nadie querría saber nada de él.

—-Debería usted marcharse, señorita Colby —dijo suavemente—. Ya sabe que yo no puedo pagarle nada, y en el tiempo que me está dedicando ya podría haber encontrado un empleo.

—No tengo prisa. ¿Quién tiene prisa por trabajar.

Además, por no hacer prácticamente nada, dispongo de un tatami para mí sola, puedo comer tres veces al día..., y hasta pienso que usted me dará una pequeña comisión cuando vendamos el local.

Matsuo Shoji sonrió tristemente. Vendamos el local... En plural, como si fuese también de ella. Mala suerte: la vida se estaba ensañando con Matsuo Shoji.

—¿Por qué no? —aceptó—. Su compañía, es muy agradable, y me está ayudando mucho. Con el brazo roto, hay muchas cosas que yo no podría hacer. Ni siquiera judo..., de modo que usted, en efecto, tiene un tatami a su disposición, pero..., ¿de qué le sirve, sin nadie con quien poder practicar el judo?

—Eso es cierto —frunció el ceño Mary Jane—. Es el gran inconveniente del judo: no se puede practicar en solitario, como el karate, por ejemplo.

Matsuo se quedó un instante mirando estupefacto a la muchacha de los

rojos cabellos. Luego, pareció que sus ojos volvieran a apagarse, su mirada regresó hacia el vacío. Mary Jane regresó su atención a la revista que tenía abierta sobre la mesa.

La cabeza de Shoji se volvió lentamente hacia el extremo del pasillo que unía el portalón de entrada al Dojo con la zona destinada al tatami y vestuarios. Las pisadas resonaban, ya tan claras, que incluso la abstraída Mary Jane las oyó. Los dos estaban mirando hacia la entrada cuando apareció el solitario visitante.

Verlo y sonreír, todo era uno. Era más bien alto, de hombros anchos, manos grandes. Parecía un tanto desgarbado. Vestía pantalones de color claro, jersey negro de cuello abierto y manga corta, y calzaba unas viejas zapatillas deportivas. De su mano derecha pendía una bolsa de lona, pringosa y oscurecida. Hasta aquí, más bien normal. Pero su rostro era como un divertido chiste; pecoso, anguloso, gran bocaza, orejotas a lo Clark Cable, ojos azules y sonrientes... Todo un chiste, rematado por su rubia cabellera, corta y erizada, revuelta.

—¡Caracoles! —exclamó, plantado en el extremo del pasillo—. ¡A esto le llamo yo silencio, de veras! ¿Llego demasiado pronto o demasiado tarde?

Mary Jane parpadeó, reaccionando.

—¿Qué desea usted? —preguntó.

—¡Vaya pregunta! —resopló el recién llegado—. ¿Qué voy a querer, sino atizarme unos cuantos mamporros con algún muchacho que me ponga los huesos en el sitio? ¡Ah...! ¿Es usted el Maestro?

La pregunta la hizo tras mirar con detenimiento a Shoji, y acercándose al borde del tatami.

—Sí —asintió Matsuo—. Pero la escuela está cerrada.

—¿Llego demasiado pronto? Bueno, esperaré. ¿Cuál es el horario?

—No hay horario ya. No hay clases.

El rubio dejó caer su pringosa bolsa, y se rascó la coronilla, como si esto le ayudase a ordenar sus ideas. Luego, señaló con el pulgar por encima del hombro, hacia la calle.

—Ahí fuera no pone nada de que esté cerrado el Dojo.

—Todos saben que la Shoji Dojo ya no funciona —murmuró Matsuo.

—Bueno, lo siento... Yo vivo al otro lado de la ciudad, pero como esto me cae cerca del trabajo..., pues eso. Me dije que podía reanudar, aquí, mi aprendizaje. Llegué hace un par de meses de Nueva York, y desde entonces me he estado diciendo que debía seguir haciendo judo, pero ya sabe: que si instalarse, ambientarse...

Todo eso.

—Lo comprendo muy bien. Siento no poder inscribirlo.

E1 rubio sonrió de orejota a orejota, señalando hacia el escayolado brazo de Matsuo Shoji.

—¡No me diga que fue uno de sus alumnos quien le rompió el brazo con una llave, y que por eso ha cerrado la escuela, señor Shoji!

—No —sonrió el japonés—. No es por eso.

—Ah. ¿Ha tenido un accidente?

—Algo parecido.

—Mala cosa, los accidentes —rezongó el rubio—. Yo, hace años, iba para campeón de gimnasia deportiva, ¿sabe usted? Pero, en un ejercicio en las paralelas, me caí, y me rompí el brazo por el codo... ¿Ve usted? —movió el brazo izquierdo—. El brazo funciona de nuevo, claro, pero me dejó fuera de la gimnasia deportiva. Lo que pasa es que como yo soy un deportista nato, que me muero si no sudo, busqué algo que me consolara de la desilusión, y donde un brazo más o menos putrefacto no tuviese importancia. Se me ocurrió probar el judo, y, ¡vaya una leche que tuve!, la cosa funcionó.

Es lo bueno que tiene el judo: aunque uno esté medio cadáver, todavía puede soltarle un trallazo a cualquier tipejo. Recuerdo que una vez...

—¿Qué grado tiene usted? —le interrumpió Matsuo.

—¿Yo? ¡Soy un fenómeno! ¡Estaba ya a punto de conseguir el Primer Kyu cuando tuve que marcharme de Nueva York! (1).

—Lo que significa —sonrió Matsuo—, que es usted Cinturón Blanco.

—Pues sí —masculló el rubio—. Todavía soy eso. ¡Pero estoy a un paso del Marrón!

—Por supuesto. Sólo que ese paso puede ser muy corto... o muy largo.

El rubio se quedó mirando el cinturón de Matsuo, a anchas franjas verticales rojas y blancas. Para un Cinturón Blanco, aquello estaba tan lejano

como la Luna, pues significaba que quien lo llevaba era como mínimo Sexto Dan. Quizá Séptimo, Octavo... ¡Casi nada!

—Sexto —murmuró Matsuo, adivinando los pensamientos del rubio—. Sólo sexto.

—¡Casi nada! Suficiente para ser mi Maestro mil veces... ¿Me permite que le llame Maestro?

—No soy su Maestro, pero le agradezco la cortesía, señor...

—Nathaniel Moore Perdone que no me haya presentado antes, Maestro. Bien..., ¿puedo quedarme?

—Ya le he dicho que la escuela está cerrada.

—Bueno, pero..., ¿qué quiere decir que está cerrada?

—Que ya no funciona.

(1) Cinturón Blanco, o Sexto Kyu, es el practicante de menor grado, el principiante. Primer Kyu, es el Cinturón Marrón, antesala del Negro. En Japón sólo se utilizan estos dos grados antes del Cinturón Negro, pero en Europa y otros países se han hecho grados intermedios, que son: Blanco, Amarillo, Naranja, Verde, Azul y Marrón. Estos grados intermedios tienen más que nada una función psicológica, a fin de mantener vivo el interés del alumno sin tener que esperar tanto tiempo para pasar de un grado inicial (Blanco) a otro superior (Marrón).

—¡Ah! ¡Caracoles, qué mala suerte la mía!

—Hoy otros Dojo en San Francisco.

—Sí, pero ninguno me queda tan cerca de mi trabajo. Este me habría ido muy bien... ¿Y por qué ha cerrado usted la escuela, Maestro?

—Oiga —intervino Mary Jane—, usted está siendo muy impertinente, señor Moore. El señor Shoji no tiene por qué contestar a todas sus preguntas.

Nathaniel Moore se quedó mirando, atónito, a la muchacha. Luego, se acercó a ella, se inclinó por encima de la mesa para verla completa, y agitó una mano en el aire.

—¡Oiga, está usted buena de veras, pelirroja! —se volvió a mirar de nuevo a Sboji, pero señalando con un dedote a Mary Jane—. ¿Y qué pinta aquí esta libélula paticoja, Maestro?

—¡Escuche usted...! —se puso en pie airadamente Mary Jane.

—¡Escúcheme usted a mí! —la interrumpió Nathaniel, clavándole un dedote en el esternón—. Cuando hay un Maestro en el tatami, él es quien decide si admite o no al alumno, si tiene que contestar o no a sus preguntas, y si mañana va a llover o lucirá el sol. Ni usted ni nadie tiene que enseñarle a un Maestro de Judo lo que tiene que hacer o decir. Y además, ojos de gatita furiosa, usted no va a encontrar en todo el mundo a un solo Maestro que prohíba a un judoka honesto y cabal que practique el judo en su Dojo. ¿Sus orejitas están limpias?

—¡Claro que sí!

—Pues entonces, debe haberme entendido. De modo que cierre esa boca besucona y deje que sea el Maestro quien decida si me quedo o me voy. ¿Usted capta, flor de loto?

Mary Jane Colby había captado. Y había enrojecido intensamente. Tras abrir y cerrar la boca varias veces, se sentó, congestionada por la rabia. Nathaniel Moore chascó dos dedos.

—Así se hace, boca de amor. Calladita. Y ahora —miró de nuevo a Shoji —. ¿Puedo, o no, practicar el judo en su Dojo, Maestro?

Matsuo Shoji, que había entornado sus oblicuos párpados sin dejar de mirar con grandísima atención al rubio personaje, recuperó su habitual gesto impávido, y señaló el tapiz.

—Aunque quisiera aceptarlo, señor Moore, ya ve que no tiene a nadie con quien hacer judo.

Moore quedó pasmado un instante. Luego, sonrió.

—Pero, Maestro, usted sabe que puedo hacer tandoku retsiu mientras espero que venga alguien (1).

La mirada de Shoji fue, como un brevísimo relámpago, hacia Mary Jane, que había puesto cara de pasmo. Pero regresó en seguida hacia Nathaniel Moore.

—Si se conforma usted con eso. . —murmuró.

—¡Algo es algo! —exclamó Moore—. ¡Voy a cambiarme!

En un abrir y cerrar de ojos desapareció en el interior de los vestuarios. Mary Jane permaneció en silencio unos segundos. Por fin, miró a Shoji, y murmuró:

—¿No ha debido decirle usted que no vendrá nadie?

—He pensado que quizá usted querría aprovechar la ocasión de practicar un poco con él —deslizó, amablemente, Shoji.

—¿Yo?

—Claro que el señor Moore parece bastante fuerte... Todavía no sé qué grado tiene usted, señorita Colby.

—¿Yo? Negro... Cinturón Negro, desde luego.

(1) Tandoku Retsiu es uno de los muchos entrenamientos en solitario que puede realizar el judoka. Consiste en la ejecución, sin adversario, de proyecciones, inmovilizaciones o salidas de inmovilizaciones. Los movimientos son marcados en el aire. Como ejemplo de comparación, digamos que el Tandoku Retsiu viene a ser lo que en boxeo se llama hacer sombra, es decir, golpear a un adversario imaginario, o representado por la propia sombra del practicante.

—Magnífico. Considerando que el señor Moore es sólo un Cinturón Blanco, quizá usted podría darle una pequeña lección... de modales.

—Es una buena idea —sonrió Mary Jane—. ¡Es una buenísima idea!

—Sí —asintió Matsuo—. Es una buenísima idea. Puede usted cambiarse en el otro vestuario.

También Mary Jane Colby desapareció hacia los vestuarios. En el de los hombres, oyó a Moore silbando, así que entró en el otro, donde había algunos judogis. Tras elegir uno, se desnudó rápidamente, alargó la mano hacia los blancos pantalones..., y oyó abrirse la puerta a su espalda. Se volvió vivamente, y lanzó un gritito al ver en el umbral a Nathaniel Moore, que llevaba puesta solamente la chaqueta, abierta, y los pantalones en una mano.

—¡Fiuuu...! —silbó Moore.

—¡Salga de aquí! —chilló la pelirroja.

—Calma, nena, calma... Estaba buscando el meódromo, eso es todo, y al ver esta puerta, pues he pensado que era aquí.

—¡Le digo que salga! —aulló la pelirroja, consiguiendo por fin ocultar algo su cuerpo con los pantalones.

—Está bien, está bien... ¿Dónde está el meódromo?

—¿El qué?

—El W. C., mujer... El sitio donde los niños buenos van a hacer pipí.

—¡Ya verá la puerta ahí fuera! ¡Salga!

—Vaya piernotas tienes, chica... Y lo demás... ¡Fiuuu!

¡De primera calidad, te lo digo yo, que entiendo de material camero!

—¡FUERA DE AQUI!

—Bueno, ¡adiós!: me voy a hacer pipí.

Moore retrocedió un paso, cerrando la puerta. Mary Jane quedó petrificada por la rabia, que parecía encender sus ojos. Por fin, comenzó a ponerse los pantalones..., y la puerta se abrió de nuevo.

—Oye —empezó Moore—, ¿qué haces tú, poniéndote. .?

—¡FUERAAAA...!

—¡Tía buena! —gritó Moore, cerrando de nuevo la puerta.

Mary Jane se vistió rápidamente, sofocada. Sentía tal rabia que le costaba respirar con normalidad. Cuando salió al tatami anudándose un cinto negro, Moore estaba allí, en el borde, esperando. Al ver su cinto negro torció el gesto un instante. Luego, en silencio, esperó. Mary Jane entró en el tapiz, y se volvió a mirarlo.

—¿Qué está esperando? —farfulló.

Moore accedió al tatami, efectuó un saludo hacia el fondo del mismo, y luego, más profundo, hacia Matsuo Shoji, que, siempre en postura zazen, correspondió con una inclinación de cabeza. Mary Jane enrojeció una vez más, miró a Shoji, y le saludó, recibiendo la misma respuesta que Moore.

—Podemos empezar haciendo un poco de gimnasia —dijo ella.

—¿Y para qué demonios quiero hacer yo gimnasia pudiendo hacer directamente judo? —replicó Moore—. Además, no somos nosotros quienes hemos de decir lo que tenemos que hacer.

Volvió a mirar a Matsuo, que movió su mano izquierda con un gesto amable.

—Les ruego que me disculpen por no dirigir la clase —musitó—. Háganlo a su aire. Gracias.

Moore volvió a saludar, y miró a Mary Jane.

—Pues usted manda, que es Cinturón Negro.

—Vamos a hacer un poco de precalentamiento, y luego haremos un randori... ¿Conforme?

—Claro. ¿Qué precalentamiento?

—Cada uno el que prefiera.

—¡Oh, muy bien...! Yo haré Tandoku Retsiu.

Moore comenzó inmediatamente, mientras Mary Jane iniciaba una suave sesión de gimnasia. La mirada de Matsuo Shoji iba de uno a otra, siempre inexpresiva.

Finalmente, eligió de un modo definitivo a Moore, observándolo atentamente, en especial sus pies, grandes y sólidos, macizos. En varias ocasiones, Matsuo tuvo que apretar los labios para no sonreír, al ver la torpeza de Nathaniel Moore, que varias veces perdió el equilibrio, incluso llegando a quedar sentado sobré las colchonetas. Intentaba marcar un uchi mata, por ejemplo, y allá que se iba de cara sobre el tapiz. Una y otra vez, repetía los movimientos, incansable, admirablemente tenaz..., pero indiscutiblemente torpe.

Por fin, sonó la voz de Mary Jane:

—¿Ha terminado ya su precalentamiento, señor Moore?

—Oh, cuando usted quiera... ¡Yo siempre estoy caliente! Lo digo en sentido deportivo, ¿comprende?

Se agarraron correctamente, en la clásica kumi kata de la solapa y el codo..., y allá que fue Nathaniel Moore a dar con su cuerpo sobre las colchonetas, con tremendo chasquido. Se puso en píe como un rayo, atacó a la pelirroja..., y ésta efectuó una contra que alzó de nuevo a Moore, para estrellarlo otra vez contra el tatami...

Matsuo Shoji había entornado de nuevo los párpados. Impasible, asistió a la paliza que Mary Jane Colbv propino a Nathaniel Moore, cuya buena voluntad de conseguir algún resultado era evidente. Pero, su voluntad se estrellaba contra los conocimientos de Mary Jane, que una y otra vez fue proyectándolo, mientras que por su parte apenas si fue zarandeada media docena de veces.

Por fin, desde el suelo, Moore alzó una mano. Estaba empapado en sudor,

y había en su rostro un gesto de cansancio, dolor y desilusión.

—¿Y si en lugar... de esto... nos fuésemos... a tomar... una naranjada por ahí..., nena?

—No pienso ir a ningún sitio con usted —dijo, perversamente, Mary Jane —, Pero con mucho gusto le estaré esperando aquí, mañana a esta misma hora.

—Lo pensaré —farfulló Nathaniel.

Se puso en pie, saludó a Mary Jane, saludó a Shoji, saludó al tatami, y se fue a los vestuarios. Veinte minutos más tarde, reaparecía. Se plantó en el borde del tatami, pero fuera de éste, naturalmente, y saludó a Shoji, que correspondió. Luego, sin añadir palabra, Nathaniel Moore abandonó el Shoji Dojo.

—¡Menudo fantoche! —exclamó Mary Jane.

Matsuo la miró. Luego, regresó a sus meditaciones.

Afuera, en la calle, ya de noche, Nathaniel Moore caminaba alegremente, con un silbidito en los labios, la bolsa echada hacia la espalda por encima de un hombro... Fue entonces cuando oyó la voz:

—¡Hev, judoka...! ¡Aquí, hombre!

Moore volvió la cabeza, vio el grupo de cinco o seis mozalbetes, y se acercó a ellos, sonriente.

—¡Hola! —saludó, jovial—, ¿Qué tal, chicos? ¿Vosotros también sois jud...? ¡Hey! ¿Qué pasa?

La exclamación de sobresalto estuvo motivada por la aparición de algunas cadenas, que tintinearon suavemente. En un instante, Moore se encontró rodeado, metido en un círculo de cadenas, porras y palos. Una de las cadenas comenzó a silbar, describiendo círculos por encima de la cabeza del muchacho que la manejaba.

—¡Eh, eh, eh...! ¡Un momento, chicos, un mom...!

Mientras gritaba esto, Nathaniel Moore retrocedía... hacia donde estaban dos, con palos. Uno de los palos cayó sobre su cabeza, y el otro sobre su hombro izquierdo. Moore lanzó un doble alarido de dolor, pero aún tuvo reflejos para inclinarse, cuando la cadena salió silbando hacia su cabeza... Esquivó la cadena, pero recibió en plena nariz un rodillazo terrible, que hizo brotar un chorro doble de sangre por las fosas nasales, y que le enderezó lo

suficiente para que una porra pudiese llegar a su vientre, en alucinante golpe..., mientras por detrás silbaba otra cadena, que fue a dar en su espalda...

—¡Duro con él! ¡Vamos a patearlo! —oyó Moore.

Recibió otro golpe de palo en la espalda, una porra se hundió en sus costillas... Como a mil millas de distancia, comenzó a oírse un silbato policial.

—¡La poli! ¡Acabemos con éste!

Un rodillazo en los genitales y un empujón, dieron con Nat Moore en tierra. Ahora se oía la sirena de un coche policial, y las voces de algunos de los valientes muchachos:

—¡Venga, larguémonos ya!

—¡Ahí llegan!

—¡Bueno, Sandy, déjalo ya!

Tendido en el suelo, con el rostro lleno de sangre, y dolor en todos los puntos de su cuerpo, Nathaniel Moore vio sobre él aquel rostro juvenil, crispado polla rabia... Lo vio perfectamente, nítidamente. Y oyó, con toda claridad, las palabras:

—¡Esto es sólo un aviso, cabrón! ¡Si volvemos a verte por la escuela del maestro Shoji te castraremos!

CAPITULO III

Rosie Lowell había terminado de ducharse cuando oyó la llamada a la puerta del apartamento. De pie junto al plato de la desportillada ducha que ocupaba un rincón del diminuto cuarto de aseo, soltó un refunfuño, y alargó la mano hacia una toalla.

—Ya ha vuelto a dejarse la llave en casa —dijo, en voz alta.

Se envolvió de cualquier manera con la toalla, salió del cuartito de aseo, cruzó el pequeñísimo comedor-saloncito, llegó ante la puerta, y la abrió, componiendo un gesto de disgusto en su lindo rostro, y diciendo:

—Tendrías que colgarte la llave del cuello para...

Hasta ahí llegó. Luego, se quedó callada, contemplando, desconcertada, al desconocido.

—¡Hola! —sonrió éste, de orejota a orejota—. ¿Qué tal?

Rosie lo miró de arriba abajo, con cierta irritación; pero al volver a mirar aquella cara llena de pecas, y las greñas cortas y rubias del visitante, y los sonrientes ojos azules, terminó por sonreír, a su vez.

—¡Hola! —correspondió al saludo—. Estoy muy bien, gracias. ¿Y tú?

—¿Yo? Colosal. Oye, te compro la toalla.

—¿Por cuánto? —rió Rosie.

—Diez pavos. Pero me la has de entregar aquí, y ahora.

—A ver esos diez pavos.

Cachazudamente, el visitante sacó un rollo de billetes más bien exiguo del bolsillo. Separar diez dólares de allí era algo así como desprenderse de una pequeña fortuna, Y así debía ser, porque el rubio suspiró cuando tendió los billetes a Rosie.

—Diez hermosísimos pavos, diez —dijo.

Rosie los tomó, se quitó la toalla, y la tendió al visitante, que la tomó, se la puso alrededor del cuello, y, todavía en el umbral, tomó su turno de mirar de arriba abajo a la joven y preciosa Rosie, cuyo cuerpo todavía relucía, húmedo.

—Creo que me quedan algunos pavos más —susurró—, ¿Qué crees que podría comprar con ellos?

—¡El Puente del Golden Gate! —rió Rosie—. Anda, pasa.

—Esta es mi noche —se frotó las manos el rubio, entrando—. Aunque te advierto que no me quedan más allá de cuarenta o cincuenta pavos.

Rosie cerró la puerta, y lo miró con el ceño fruncido.

—Oye, oye, cuidado con lo que dices, rico. De prostituta, nada. ¿Estamos?

—Ya me parecía a mí... Eres demasiado joven y bonita para eso, Rosie.

—¿Sabes mi nombre? Yo no te conozco a ti. ¿O sí?

—Tú, no, pero tu hermano, sí. Nos conocimos hace tres noches no muy lejos de aquí. Espera, no quisiera estar equivocándome, pequeña Rosie. ¿Tú eres la hermana de Sandy?

—Exacto.

—Entonces, todo va bien. Es que quedó un asuntillo pendiente entre Sandy y yo, y he venido a ver si lo arreglamos de una puñetera vez.

Rosie, que había cerrado la puerta y estaba ahora en el centro del pequeño comedor-saloncito-recibidor, por supuesto completamente olvidada de la toalla, le miró sorprendida.

—¿Y has esperado tres días para solucionar ese asunto?

—Es que no sabía dónde vivía Sandy, y me he pasado este tiempo preguntando por estos lugares. Finalmente, alguien ha sido tan amable de informarme. ¿Sandy? Sí, hombre, vive en tal sitio, con su hermana Rosie. ¡Un bombón! Y veo que no me han engañado...en nada.

Rosie suspiró profundamente, y dijo:

—¿Sabes que me gustas...? ¿Cómo te llamas?

—Nathaniel Moore. Para los amigos, Nat.

—Okay, Nat —susurró ella, abrazándose a su cuello—. ¿Te gustan mis orejitas?

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Entonces, me gusta todo. ¿No está Sandy?

—Todavía tardará por lo menos media hora.

—Mucho tiempo es ése. ¿De qué podríamos hablar durante media hora dos desconocidos como nosotros?

De nada, ¿verdad? Así que para evitar decir tonterías los dos, sería mejor que yo volviese más tarde. A lo mejor, te encuentro ya vestida.

—Eso sería un trauma para mí, Nat.

—¿Que te encontrase vestida?

—No: que te fueses. ¿Por qué no me ayudas a hacer la cama? Soy tan perezosa que ha estado todo el día tal como quedó cuando me levanté. Aunque, claro, ¡me levanto tan tarde...! ¿Me ayudas?

—Bueno —asintió Nat Moore.

—Eres un amor —dijo con voz tenue Rosie, antes de comenzar a besarlo mimosamente en los labios.

* * *

—¿Verdad que es bonito el amor? —preguntó Rosie, cuarenta minutos más tarde, desperezándose en la cama.

—Lo mejor del mundo —murmuró Nat Moore.

—Supongo que después de esto seguiremos viéndonos, Nat. No me gustaría prescindir de ti por nada del mundo. No comprendo cómo ese tonto de Sandy no me habló nunca de un amigo como tú... ¿De dónde has salido?

—Pues, como todos los niños, llegué de París. ¿No tienes miedo de resfriarte?

—Claro que no —rio Rosie.

—Pues yo sí. Venga, vamos a vestirnos, no sea que Sandy se enfade si nos encuentra así.

—¡Ch, tonterías...! Sandy comprende estas cosas. Sólo se vive una vez, así que... ¿por qué no vivir a nuestro gusto?

—Es una filosofía digna de Confucio. Venga, vístete.

Le dio una palmadita en el vientre que hizo reír a Rosie, y saltó de la cama. Ella retozó todavía un poco más, pero finalmente también salió del lecho, sacó un vestido del armario, y se lo puso, sin más complicaciones. Ventajas del verano.

En aquel momento, se oyó abrirse la puerta, y acto seguido cerrarse con fuerza. Rosie abrió la boca, pero Nat se llevó un dedote a los labios, se acercó a ella, la abrazó, y susurró, junto a la orejita mordisqueada:

—Tráelo aquí, pero no le digas nada. ¡Ya verás qué sorpresa va a llevarse!

—Sí —susurró ella—. ¡Lo que nos vamos a reír!

Salió del angosto dormitorio, y regresó segundos después, tirando de una mano de Sandy, que refunfuñaba su protesta e intentaba desasirse. Pero su voz pareció quedar congelada cuando, apenas entrar en el dormitorio de su hermana, apareció ante él Nathaniel Moore, que le sonrió.

Fue una sonrisa de auténtica hiena, que contribuyó no poco a la congelación total del joven Sandy.

—¡Hola, Sandy, viejo amigo...! ¿Cómo te va? —saludó Nat.

El muchacho, más joven que su hermana, miró a ésta con expresión desorbitada. Y eso fue todo. Al instante siguiente, una mano de Nat Moore lo había asido por la ropa, atrayéndolo; y la otra mano, convertida en un pedazo de roca, se hundió en el estómago del joven Sandy, que lanzó un ronco estertor, se dobló sobre sí mismo, y quedó colgando de la mano de Nat, palidísimo, desorbitados los ojos.

—Pero..., ¿qué haces? —gritó Rosie, tras el sobresalto y el desconcierto—. ¡Bestia, le has hecho daño...!

—¡Bah, bah, bah...! Es una vieja broma entre Sandy y yo. Cada vez que nos vemos, nos damos una buena ración de mamporros, como muestra de buena amistad. ¿Verdad, Sandy? Por cierto, joven y querido amigo: hoy estás solo, ¿no es así? Pero bueno, no te preocupes: aquí está el viejo Nat, para hacerte compañía... Di algo, hombre.

—No... no me pegue más... ¡Yo no quería hacerlo!

—¿Cómo que no? ¿No fuiste tú quien me llamó cabrón, y me advirtió amablemente que la próxima vez que me vieseis por la escuela del maestro Shoji me castraríais? ¿No fuiste tú, pequeño Sandy? Yo diría que sí fuiste tú. Y diría, también, que esas cosas no se dicen obligado por nadie. Sencillamente, lo pasaste de maravilla zurrándome. ¿A que sí, pequeño Sandy?

—Creo... creo que me ha perforado... el estómago... —No, hombre. ¡Pero si eso sólo ha sido la caricia de introducción a esta entrevista amorosa! Observa la segunda parte...

Un rodillazo entre las ingles alzó primero y derribó, acto seguido, a Sandy, encogido sobre sí mismo, demudado el rostro, que parecía el de un muerto. Rosie lanzó un grito de rabia, y se abalanzó contra Nat Moore, uñas en ristre, relampagueantes los ojos... Fue recibida con una tremenda bofetada, que la lanzó por el aire pies para arriba, y fue a aterrizar sobre la cama, en la que rebotó, para caer al suelo. Una manaza de Nat la asió por los cabellos, la puso en pie de un tirón, y volvió a colocarla en la cama, poco amablemente, por cierto.

--Quieta ahí, hermosa fiera —le sonrió—. Ese es tu sitio. Si te mueves, voy a seguir mordiéndote las orejas, pero será para comérmelas crudas. ¿Está claro?

Rosie Lowell quedó inmóvil, mirando con expresión desorbitada a Nat Moore, que agarró a Sandy como si fuese un muñeco, y lo colocó en la cama junto a su hermana. El muchacho estaba casi inconsciente, pero un par de bofetadas que sonaron como disparos en el pequeño dormitorio lo despejaron completamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero Nat se las limpió con una sábana, y acto seguido se sentó en el borde de la cama, junto a Sandy.

—¿Ves esta cara? —se señaló el rostro—. Sé muy bien que parece la de un muchacho medio atontado, simpático e ingenuo. A lo mejor, hasta parece que tenga unos veinte años o así, ¿verdad, Sandy? Pues no: tengo veintiocho, y en contra de mi aspecto simpático, tengo más mala leche que un cocodrilo. Aclarados estos puntos, no te sorprenderá que te diga que no me gustó lo de la otra noche. ¿Okay, Sandy?

—Yo... yo... yo... Me.. me obligaron...

—Si continúas por ese camino, te partiré la cara. Y no en sentido figurado: te daré un golpe así, por encima de la nariz, verticalmente, que te abrirá la cara en dos, una a cada lado de mi mano, que hará las funciones de hacha. O sea, te quedarás con media nariz a un lado y media nariz al otro. No estoy bromeando, Sandy. Y esta vez, estás solo y sin cadenas, ni palos, ni porras... ¿Te das cuenta de la mala leche que tengo? Después de los golpecitos que me disteis, me fui tan tranquilo a mi casa, porque soy más duro que el culo de un mono viejo. ¿Y qué hice en mi apartamento? Pues, me limpié la sangre, tomé una ducha y aquí no ha pasado nada. Para hacerme daño a mí, tendríais que haber sido muchos más y más fuertes. Pero me dije: «Nat, muchacho, esto no te lo hacen impunemente unos cuantos golfillos. Tienes que darles una lección.» Pero entonces, me acordé de las cadenas, los palos y las porras, y me dije: «Pues nada, macho, los vas cazando uno a uno y les dejas la cara convertida en un sello de correos». Entonces me acordé de uno que habían llamado Sandy, y me puse a buscarlo. Y aquí tengo al simpático Sandy. ¿Comprendes?

—¿Qué... qué va a hacerme...?

—Podría empezar por castrarte. Ya ves, qué cosa es la vida: hace tres noches me querías castrar tú, y ahora puedo hacerlo yo contigo. Sólo tengo que agarrarte de aquí, dar un tirón...

—¡AUAAAA...! —lanzó Sandy un berrido de dolor al recibir el tirón.

Nat lo soltó, y sonrió de nuevo.

—¿Lo ves? Sólo con que hubiese tirado con un poco más de fuerza, habría podido llevarme un trofeo a casa. ¡Hola, Rosie, querida!; así me gusta, quietecita y silenciosa. Bueno, Sandy... ¿Por qué quisisteis darme una paliza?

—Yo... no lo sé...

—¿Fue porque había estado practicando judo en el Shoji Dojo?

—Sí, sí...

—¿Y por qué no os gusta que yo haga judo, allá?

—No lo sé. ¡No lo sé! ¡Eso lo sabe Charlie, que es quien recibe las instrucciones!

—Ah. ¿Charlie era alguno de tus amigos? ¿El jefe de vuestro simpático grupo, quizá?

—Sí... Sí.

—¿Y quién le da instrucciones a Charlie?

—No lo sé... ¡Sólo él lo sabe! ¡Yo no sé nada! ¡NADA!

—Tranquilízate, hombre. Y dime: ¿dónde puedo encontrar al buen Charlie? Y pronto, pues tengo ganas de conversar con él.

—Él debe estar a punto de llegar al club... al Sub.

—Un club llamado Sub, okay. ¿Dónde está ese club?

—En el 68 de Alvarado Lane, cerca de aquí.

—Bueno, eso está bien. Otra cosa más: ¿os pagaron algo por pretender darme una paliza en regla? Lo digo porque si hay dinero de por medio, yo podría... conseguir un empleo entre vosotros, y os enseñaría cómo hay que golpear de verdad a un sujeto para que no se levante después de la paliza. Vosotros sois unos zopencos, hijito. ¿Hay dinero de por medio?

—No... No.

Nathaniel Moore se quedó mirando fijamente a Sandy, que se había tranquilizado y recuperado bastante de los golpes.

—¿No... o sí? —susurró.

—Bueno... Algunas veces, nos... nos orientan sobre el modo de dar un golpe..., y nos pagan... bastante bien.

—¿Os orientan? ¿Qué quieres decir con eso?

—Nos lo dan todo masticado: sólo tenemos que ir allá y hacerlo, tal como nos han dicho que va a salir bien. Y sale bien.

—Precioso. Luego, os repartís el botín, y asunto terminado.

—No todo el dinero. Penemos que dar una parte a los organizadores... La mitad.

—Entiendo. ¿Y quiénes son los organizadores?

—No lo sé.

—¿Pero Charlie sí lo sabe?

—Por lo menos, él sabe más que yo. Escuche, si le interesa entrar en uno de los grupos, yo podría recomendarle para...

—No sigas. No me fío de ti, Sandy. A lo mejor, eres un chico rencoroso, y me metes en una trampa donde sí me dais una buena paliza, no como la tontería de la otra noche. ¿Ves? Incluso mi nariz sigue en su sitio tan campante. Y funciona. He olido bien el perfume de tu hermana... Es muy cariñosa. Pero, en fin, como no me gustan las trampas...

—¡No le llevaría a ninguna trampa! ¡Se lo juro! Si usted quiere ser de los nuestros, le aceptarán cuando yo lo presente. ¡Un tipo como usted sería bien recibido! ¡Incluso podrían hacerlo jefe de grupo!

—¿De veras? ¿Y qué pasaría con Charlie?

—¡Oh, es que hay muchos grupos, no uno solo!

Nat Moore se dedicó a reflexionar, sin prisas, detenidamente, observado con ansiedad por Rosie y Sandy. Por fin, el rubio pecoso movió la cabeza.

—No. Os dejaré aquí, bien atados y amordazados, como en las películas, y si me hiciesen alguna jugarreta...

—No —jadeó Sandy—. ¡No puede dejarme aquí toda la noche, no podría soportarlo!

—Vamos, no digas tonterías. Sólo tendrías que dedicarte a dormir, y asunto terminado. Por la mañana...

—¡Usted no entiende! —se desesperó Sandy—. ¡Yo tengo que ir al Sub esta noche, no puedo pasarme sin mi dosis...!

—¿Qué dosis?

Sandy tragó saliva, cerró los ojos, y permaneció en silencio, tenso. Nat frunció el ceño, acercó una mano al muchacho...

—Déjalo —dijo Rosie—. Yo te lo diré. Sandy toma drogas, y sólo las puede conseguir en el Sub. Por eso, casi todas las noches tiene que ir allí a buscarlas.

—Entiendo —murmuró Moore—. ¿Y tú no tomas drogas?

—¡Oh, sí! —sonrió Rosie— Precisamente, tomé mi dosis cuando estaba en el cuarto de baño, antes de ducharme. De otro modo, no tendría humor ni deseos de nada... ¿Acaso no has notado mi celestial modo de comportarme contigo?

Nat Moore se pasó la lengua por los labios, despacio.

—¿Quieres decir... que estabas drogada cuando yo llegué?

—¡Claro! Yo consigo, de cuando en cuando, una dosis extra, así que realizo más viajes celestiales que Sandy. Podía haber esperado a ir al Sub, pero, ¿por qué tenía que esperar? ¡Y tú tendrías que alegrarte de que yo estuviese de viaje cuando llegaste!

Nat asintió con un gesto.

—Sí, claro —sonrió—. Es verdad, lo hemos pasado muy bien en esta cama, Rosie. ¡Caracoles!; bien pensado eso empieza a gustarme: dinero, viajes celestiales... ¡Supongo que no trabajáis!

—¡Qué tontería! ¡Claro que no! —rio la muchacha, que se había incorporado sobre un codo.

—¡Caracoles! —Nat se rascó la coronilla furiosamente—. Bueno, la verdad es que nunca he tomado drogas, pero todo lo demás me gusta. Y en cuanto a las drogas, ¿quién sabe?, siempre hay una primera vez. ¿Realmente vale la pena, Rosie?

—¡Es divino! —exclamó Rosie.

—Divino... Bueno, no sé —Nat volvió a rascarse la coronilla furiosamente —. La verdad es que tenía intenciones de romperle la cabeza a tu hermano, y luego a los otros que me golpearon, pero ahora me parece una tontería, comparado con lo que puedo conseguir si me uno a vosotros. ¡Maldita sea vuestra estampa, cómo me estáis engañando...!

—¡Te juro que no! —exclamó Sandy, que hacía segundos le contemplaba expectante—. ¡Podemos acompañarte al Sub, y te convencerás de que vale la pena unirte a nosotros! Si te atacamos la otra noche fue porque pensamos que pretendías asistir a la escuela de Shoji.

—Pues sí que lo pensaba, francamente. Pero, a fin de cuentas, soy una calamidad haciendo judo, y... ¡qué demonios!, allí sólo se reciben porrazos, y en cambio... Os diré una cosa —los señaló de pronto con un dedote, alternativamente—: si me lleváis a una trampa, será mejor para vosotros que terminéis conmigo para siempre, porque si salgo con vida... Bueno, os encontraré tarde o temprano, y lloraríais lágrimas de sangre. ¿Está claro?

—¡Te digo que no es ninguna trampa!

—Pues no se hable más. ¡Hala, alegrad esas caritas y vamos al Sub!

CAPITULO IV

Como bien indicaba su nombre, el Sub era un sótano. Lleno de humo, atiborrado de gente joven, de música, con olor a naranjas agrias, y con menos luz que en el interior de la barriga de una cucaracha, como dijo Nat Moore cuando entró.

Cuando vino a darse cuenta, estaba rodeado por un grupo de jovencitos entre los que, pese a la escasa luz siniestra, distinguió algunos de los rostros ya conocidos tres noches antes. Pero, evidentemente, Sandy debía haberles hecho alguna seña, y se limitaron a escoltarlo en silencio, como zarandeados por la música.

—Se está bien aquí —gritó Nat—: ¡huele a coneja!

Ni caso.

Charlie estaba al fondo, sentado en un diván solitario, entre dos chicas con las que recreaba sus manos aburridamente. Una de ellas estaba fumando ávida- mente un petardo, y parecía poco menos que en la gloria: la otra chupaba de una enorme piruleta. Un ambiente delicioso.

Al ver a Moore, Charlie pareció recuperar su interés por la vida. Se quedó mirándolo entre divertido e incrédulo. Luego, miró a Sandy, y alzó las cejas. Sandy se inclinó hacia él, y le dijo algo al oído, mientras Nat, mirando a la chica de la piruleta, le decía:

—Te gusta chupar, ¿eh?

—Vete a la mierda —dijo ella, apaciblemente.

—Ya he llegado —sonrió Nat.

La chica de la piruleta lanzó una carcajada, y le miró con más interés. Nat le guiñó un ojo, y ella volvió a reír. Charlie había recibido ya el mensaje de Sandy, y tras contemplar unos segundos a Nat se puso en pie v se alejó.

—Va a telefonear —dijo Sandy—, Tenemos que esperar aquí.

—Bueno —aceptó Nat—. ¿Qué tal, si bailamos?

—Bueno —rio Sandy.

Nat frunció el ceño, le puso una mano en la cara, y lo apartó. Se agarró a Rosie, y se fue hacia el centro de la pista, donde comenzaron a besarse en las tinieblas tétricas. Sandy se consoló en seguida, sentándose donde había estado Charlie y ocupando su lugar y su labor de masajista. La de la piruleta aceptó

impávida, pero la del petardo le envió al inodoro, y continuó inhalando humo de marihuana con ferviente entusiasmo.

—¿Ya quién ha ido a telefonear Charlie? —preguntó Moore, acercando su bocota a una orejita de Rosie, en un respiro.

—¿Qué? —gritó ella.

—¡Que estás muy buena! —gritó él.

Charlie regresó unos diez minutos más tarde, cuando Rosie estaba de nuevo dispuesta a todo. Se llevó un tremendo disgusto cuando a una seña de Charlie, Nat la arrastró hacia donde estaba el jefe del grupo de simpáticos muchachos, que por cierto no le habían perdido de vista.

—Vamos de visita —dijo Charlie.

Moore asintió. Salieron del Sub por una puerta de atrás, a un pequeño patio donde había algunas motocicletas. Rosie se había quedado en el Sub, pero Sandy iba con ellos. Y algunos muchachos más. Uno de ellos abrió la puerta que daba a la calle de atrás, esperó a que todos salieran con las motos, lo hizo él, y cerró. Nat Moore iba en el transportín de la moto de Charlie, que lanzó un resoplido y salió disparada.

Siete u ocho minutos más tarde, como una bandada de cuervos, planeaban junto a uno de los muelles. Dejaron las motos, y se acercaron a las embarcaciones.

Charlie señaló una de ellas, un viejo yate deslucido en el que se veía luz, y dijo:

—Mae te está esperando. Te esperamos aquí.

Sin decir palabra, Nat saltó de la moto, y fue hacia el yate. Recorrió la pasarela, llegó a bordo..., y un tipo apareció ante él, señalándole con el pulgar hacia la puerta de acceso al interior. Allá que fue Nat, seguido por el sujeto, que le llevaba más de un palmo de estatura y casi otro tanto de envergadura de hombros. Abajo estaba esperando otro tipo, que parecía hermano gemelo del anterior, sólo que en más bestia, más hirsuto y ceñudo. En silencio, le pasó las manos por el cuerpo, con gesto rápido y hábil.

Nat frunció el ceño.

—¿Esto es un magreo, o me tomas las medidas para un traje? —mascculló.

—Si llevas algún arma escondida será mejor que lo digas ahora —replicó el otro, sin inmutarse.

—Jamás en mi vida he usado armas —gruñó Nat.

El gigante asintió, se fue por el pasillo que comunicaba el saloncito del yate con los camarotes, y regresó un minuto más tarde, acompañado de una mujer que dejó estupefacto a Moore. Era más alta que él, enorme, reluciente, con unas carnes blanquísimas y prietas que vibraban a cada paso, dando la impresión de que su bata de seda casi transparente recibía una corriente de aire. Llevaba rizadores en la cabeza, crema en la cara, y agitaba las regordetas manos para que se secase la laca recién puesta en las uñas. Un pasmo.

Pero resultó simpática, y casi hermosa, cuando sonrió amablemente a Nat. Sus ojos eran negros, grandes. Como los de una vaca, se dijo Nat.

—Siéntate —invitó, señalando el diván corrido bajo el ventanal que daba a la cubierta—. ¿Tu nombre?

—Míster Nathaniel Lawrence Moore, señora.

La gorda lanzó una carcajada, se sentó junto a él, y le dio Una palmadita entre las ingles, que hizo respingar a Nat.

—Me gustan los chicos simpáticos —dijo—, pero esto es serio, rubiales.

—Los amigos me llaman Nat, claro.

—De acuerdo, Nat. Tengo entendido que la otra noche te dieron una paliza esos sinvergüenzas.

—No es fácil darme una paliza a mí. Sólo fueron unos cuantos golpes. Si no se hubiesen marchado, alguno de ellos estaría en el hospital ahora.

—¿De verdad?

—Palabra de honor —alzó una mano Nat.

—Eres todo un tipo fuerte, ¿eh?

—¡Psé! Los hay más fuertes, pero pocos.

—¿Qué te parecen Luke y Bill? —señaló la gorda, a los dos gigantes.

Nat Moore los miró con espanto, y comenzó a ponerse en pie.

—Ahora que recuerdo, me está esperando mi novia en Alaska...

—¡Siéntate! —rio Mae, dándole otra palmadita—. Me gusta que mis muchachos no sean fanfarrones ni insensatos. Efectivamente, Luke y Bill te harían pedazos. Pero, no se trata de eso. ¿Eres inteligente?

—Caracoles... ¡Y yo qué sé! Lo seguro es que no soy tonto. Un tonto no habría sobrevivido, huérfano desde los cinco añitos y dando tumbos por estos cochinos mundos. Y no hablo en sentido figurado: he estado por ahí, por Europa, por Asia...

—Estupendo. ¿A qué te dedicas?

—A lo que más dinero me proporcione.

—¿Es cierto que tienes veintiocho años?

—Sí. Pero me conservo bien, ¿verdad?

—Mucho —rio de nuevo Mae—. Eres demasiado viejo para ir con los grupos visibles, de todos modos. Sin embargo, si sales bien de la prueba, y después de algunas pruebas más, podríamos encajarte en los seniors.

—¿Los qué?

—Otra clase de grupos. Bueno, Nat, estaría más rato charlando contigo, pero dispongo de poco tiempo. Me estoy arreglando para ir a una fiesta... Me alegro de haberte conocido. Puedes volver con Charlie.

—¿Esto es todo? —se desconcertó Nat.

—Todo. Cuando Charlie te vea salir, comprenderá que, de momento, has sido admitido. De otro modo, no habrías salido del yate, ¿comprendes?

Nat miró a Bill y Luke, y asintió, en silencio. Se dirigió hacia la escalerilla.

—Hasta otra —se despidió.

—Pórtate bien —recomendó Mae—: de lo que hagas esta noche depende que te quedes o rechacemos tu colaboración. ¡Adiós, Nat! Eso es todo.

Nat volvió a asentir, resignándose a no hacer preguntas, y subió a cubierta. Desembarcó, y un minuto más tarde llegaba junto al grupo, plantándose ante Charlie, que sin esperar nada señaló su moto.

—Sube. Vamos a ver qué tal te portas,

* * *

Llevaban más de una hora esperando en aquel punto de la carretera entre San Mateo y Santa Clara, hacia el sur de la ciudad, cuando comenzaron a oír el nutrido rumor de varias motocicletas. Agazapado en la oscuridad del arcén, Charlie estuvo escuchando atentamente unos segundos, y por fin, exclamó:

—¡Esos tienen que ser ellos! ¡Vamos!

Se alejaron de la carretera, campo adentro, en dirección opuesta a la playa. Junto a Charlie, Nat Moore veía cerca de él a los demás muchachos del grupo, que corrían en la oscuridad hacia donde habían colocado la trampa, en el camino que se bifurcaba de la carretera hacia el interior.

La trampa consistía en un fino cable que había sido atado a un grueso árbol a uno de los lados del camino. El otro extremo del cable se hallaba en el lado opuesto, pero no atado a un árbol, sino suelto, de modo que el cable yacía en el camino inofensivamente. Pero entre tres muchachos asieron aquel extremo, le hicieron dar una vuelta alrededor de otro árbol, y esperaron el momento de ponerlo tenso. Los demás se ocultaron entre los matorrales a ambos lados del camino, sacando ya sus cadenas, palos, porras y navajas...

—¿Todavía no puedo saber de qué va esto? —gruñó Nat—. ¡Ni siquiera sé lo qué tengo que hacer, maldita sea!

—Te lo diré —sonrió Charlie, en la oscuridad—. Dentro de unos segundos van a aparecer por el camino un grupo de cretinos que pertenecen a una organización rival. Sabemos de buena tinta que vienen de dar un golpe, así que traen pasta caliente. ¿Comprendes?

—Pues, sí... Sí. ¿Y qué?

--Vamos a darles una buena lección, para que se olviden de pisar nuestro terreno, y de paso, nos llevaremos el dinero que ellos nos han conseguido tan amablemente.

—Buena idea —sonrió Nat.

—Muy buena. Mae tiene talento —Charlie se tocó la frente—. Lo mejor será que no matemos a nadie, pero, desde luego, lo importante es darles una lección que no olviden en su vida. ¿Lo entiendes, ahora?

—Seguro que sí. ¡Nos vamos a divertir!

—Poca cosa, porque cuando tensemos el cable, se van a dar de morros contra el suelo, y ya los tendremos listos para la paliza. De eso se trata: nada de consideraciones.

—Sí, hombre, sí, entendido. ¡Menuda juerga...!

El zumbido de las motocicletas se oía ya en el camino. Charlie emitió un silbidito, que fue correspondido por los que sostenían el extremo libre del cable, asegurado con una vuelta, por el momento floja, en torno a un grueso árbol.

Tras el zumbido de motores, aparecieron pronto las luces de las máquinas, como grandes ojos amarillos escrutando la oscuridad. No era probable que viesen el cable; por lo menos, que lo viesen a tiempo de evitar la catástrofe. Entre los matorrales, los chicos de Charlie estaban bien escondidos, fuera del alcance de las luces de las motocicletas que ya estaban prácticamente sobre ellos...

—¡Fiuuu...! —silbó, ahora, con fuerza, Charlie.

El cable fue tensado. El motociclista que iba en cabeza del grupo no tuvo tiempo de nada. La rueda delantera chocó con el cable, y el muchacho salió despedido por encima de su máquina, que saltó también y cayó con estrépito, quedando con la luz apuntada hacia un lado del camino. Se oyeron gritos de advertencia, pero ya era tarde, sin duda alguna: dos motos más chocaron contra el cable, y las demás chocaron contra éstas y entre sí, apelotonándose con chirridos metálicos, rugir de motores, gritos de dolor y de sorpresa... En un instante, por entre las máquinas, el grupo de jóvenes delincuentes se revolcaban por el suelo, sin dejar de gritar...

—¡AHORA! —gritó Charlie.

La pandilla apareció saltando de entre los matorrales, aullando, blandiendo sus armas, excepto Nat Moore, que salió a manos limpias, fruncido el ceño. Bueno, si se trataba de repartir leña a aquella gente, él no se iba a quedar atrás, desde luego.

Por entre el rugido de los motores que no se habían callado, comenzaron a oírse gritos de dolor y de rabia, aullidos de furia, alaridos... Un par de faros saltaron hechos pedazos bajo el impacto de las cadenas. Los que habían caído en la emboscada estaban reaccionando, pese a los golpes que recibían, y también sacaban sus armas. Pero no era eso sólo, sino que parecían... contentos. Sí, a Nat Moore le pareció que estaban contentos...

Fue el primero del grupo de Charlie en comprender lo que sucedía. Y esto, sólo cuando comenzó a oír el rugido de más motocicletas acercándose, provenientes, también, de la carretera.

—¡Charlie! —gritó—. ¡Vienen más! ¡Somos nosotros los que hemos caído en una trampa!

Hubo un instante de desconcierto, que aprovecharon los rivales para pasar al contraataque, sin concesiones. Mientras tanto, en efecto, aparecieron, como de pronto, varias motocicletas más, algunas de ellas ocupadas por dos muchachos; todos llegaban ahora gritando, agitando palos y cadenas. Al resplandor de tantas luces, Nat vio el rostro de Charlie, lívido, crispado, y las desencajadas facciones de Sandy...

—¡Nada de acojonarse! —gritó Nat—. ¡A por ellos!

—¡No! —gritó Charlie—. ¡Son demasiados! ¡Vámonos !

En realidad, esto era una ilusión de Charlie, ya que los recién llegados habían saltado de sus motos y copaban cualquier posible retirada. Los chicos de Charlie comenzaban a reagruparse, formando un bloque compacto, mientras los que habían sufrido la emboscada se apresuraban a recoger sus armas, mirando hacia el grupo que, ahora, en inferioridad de condiciones, parecía encogerse, apretarse, para formar un frente común que debían esperar fuese más sólido que hombre por hombre...

—¡TAIIIIIOOOOO...! —oyeron todos el extraño grito, por encima del rugir de motores y de todos los gritos.

Nathaniel Lawrence Moore, Nat para los amigos, estaba en el aire, volando hacia el grupo recién llegado. Sí: volando, exactamente... Y emitiendo aquel extraño grito que, por un instante, dejó paralizados a todos; absolutamente a todos.

Y mientras tanto, Nat terminó su espectacular salto que, a casi dos metros de altura, le hizo recorrer no menos de cuatro hacia los recién llegados. Llegó allí soltando dos extraordinarias patadas, una a derecha y otra a izquierda, que derribaron a dos muchachos. Cayó de pie, como un gato, y antes de que nadie hubiese podido reaccionar todavía, disparó su puño izquierdo, giró describiendo una elegantísima pirueta, y su pierna derecha subió velozmente, consiguiendo dos golpes más que derribaron a otros tantos jovenzuelos...

Pero el pasmo, e incluso el espanto ante aquella máquina de repartir golpes, cedió rápidamente. Uno de los adversarios lanzó un grito, y se abalanzó hacia Nat, blandiendo su cadena.

—¡Muchachos, a por...!

Pareció que tropezase con Nat. Pero la verdad fue que éste acudió a su encuentro, se metió debajo de su cuerpo, esquivando así el golpe con la cadena, y un instante más tarde, el muchacho salía despedido a gran altura, soltando la cadena y lanzando un alarido de espanto..., mientras Nat Moore, metido en el grupo, parecía un auténtico tornado, girando, repartiendo golpes insospechados hacia atrás, de lado, hacia delante, con las manos, con los pies... Otro jovenzuelo salió volando, piernas arriba, impulsado por Nat, nadie sabía cómo. Y otro le siguió, cayendo como un saco ante Nat, que recibió a otro y lo impulsó a más de dos metros de al- tura con un uchi mata que ninguno de los presentes supo valorar, pero sí oyeron todos el grito sorprendente que parecía brotar de una caverna situada en las entrañas del rubio personaje...

—¡Taaaíííííooooaaa...!

Cuando Charlie y los demás reaccionaron para ayudar a Nat, el asunto estaba ya más que encarrilado a favor de éste, que parecía no sentir los golpes y cadenazos que caían sobre él. Asía las cadenas, daba un tirón, parecía que fuese a cargarse a su enemigo en un hombro, o en una cadera, y al instante siguiente el muchacho salía como disparado por una catapulta, gritando..., mientras Nat lanzaba un golpe con un puño o un pie, de cualquier manera...

—¡Aguanta, Nat, allá vamos! —chilló Sandy.

La desmoralización había cundido de tal modo en el grupo rival que cuando Charlie y los demás comenzaron a repartir golpes la situación ya tenía un vencedor. Los adversarios comenzaron a desaparecer hacia la oscuridad, pies para qué os quiero, de modo que cuando fueron a darse cuenta, los chicos de Charlie eran dueños del terreno, de un montón de motocicletas, cadenas, porras, palos...

— ¡A ver si se han dejado el dinero en alguna de las máquinas ! —gritó Charlie.

La euforia fue completa cuando, en efecto, en las alforjas de cuero de una de las motocicletas aparecieron los billetes, metidos en bolsas de papel.

—¡Larguémonos! —ordenó Charlie—. ¡Hey, Nat, escoge tú mismo la moto que más te guste!

Hubo risas, palmadas en la espalda a Nat, comentarios... Sonriendo, Nat Moore eligió una de las motocicletas caídas, se aseguró de que no se había estropeado, ocupó el sillín, y dijo:

—¡ Barrúuummm, barrúuuummm...! ¿Adónde vamos ahora?

—¡Ya lo verás! —exclamó Sandy.

CAPITULO V

Los tres hombres habían escuchado en silencio la explicación de Charlie, asintiendo de cuando en cuando, y mirando con gesto de aprobación a Nat Moore, que, sentado sobre una caja del viejo almacén que parecía abandonado, era indiscutiblemente el héroe de la jornada.

— ..¡Más de veinte, en total! —terminó Charlie—. ¡Y estoy seguro de que Nat, solo, pudo haberlos hecho trizas!

—Está bien —asintió el hombre que parecía dirigir el pequeño grupo de tres—. Ha sido un buen trabajo, chicos. Y seguirán más como éste, porque tenemos un chivato en la otra organización, y les vamos a ir dando palizas como ésta hasta desarticularlos. ¿Algún problema?

—Ninguno —sonrió Charlie—. ¡Y aquí está el dinero! Nos gustaría que nos diese nuestra mitad ahora.

—No hay mitad esta vez —sonrió el hombre—. En casos como éste, todo es para vosotros. Pero tened cuidado en estos días, pues la cosa se va a poner al rojo vivo antes de que terminemos con los otros. No os des- cuidéis. Tú —señaló a Nat—, ven con nosotros.

—¿Yo? —miró Nat a ambos lados.

—Tú.

Nat saltó de la caja, y se fue en pos de los tres hombres, que ya caminaban hacia la puerta del almacén donde habían instalado su guarida Charlie y los otros, que se estaban repartiendo, entusiasmados, el dinero.

—¡Hey! —gritó Nat—. ¿Y mi parte?

—¡Yo te la guardo, Nat! —aseguró Sandy—. ¡Pasa por mi apartamento a buscarla cuando quieras!

—Buena idea. Acuérdate de decirle a tu hermana que se duche.

Salió del almacén. Afuera le estaban esperando los tres hombres, que habían llegado después que el grupo. Fueron hacia un coche, dos de los tipos se sentaron delante, y Nat y el director de grupo en el asiento de atrás. El coche partió.

—Yo soy Wesley —dijo el hombre sentado junto a Nat—. Ellos son Sam y Jerry.

—Nat —murmuró éste.

—Okay, Nat. Supongo que sabes por qué vienes con nosotros.

—No.

—Al parecer, eres demasiado bueno para estar con ese grupo de niños malos —sonrió Wesley—. Además, entiendo que eres mayorcito,

—Ya no tomo papillas, desde luego. ¿Adónde vamos?

—No muy lejos de aquí. Tómatelo con calma.

—Okay.

Se lo tomó con calma. Veinte minutos más tarde, el coche se detenía delante de un pequeño chalé, en Telegraph Hill. Se apearon los cuatro, y fueron hacia la casa. Desde el porche, Nat se volvió a contemplar la bahía, llena de luces...

—Pasa.

Segundos después, estaban en el salón. Sam propuso tomar unos tragos, que todos aceptaron. Nat Moore ocupó un sillón, y miró alrededor, mientras paladeaba su whisky. Wesley fue a telefonear. Marcó el número dando la espalda a Nat, y estuvo cosa de un minuto cuchicheando. Colgó por fin, y fue a sentarse frente a Nal, alzando su vaso.

—Salud.

—Salud —agradeció Nat.

El visitante llegó media hora más tarde. Vestía de esmoquin, muy elegante y sobrio. Era un sujeto de unos cuarenta años, alto, atractivo, de buenos modales, expresión inteligente, ojos escrutadores. Escuchó en silencio la explicación de Wesley, asintió, y se encaró con Nat.

—Yo soy Conexión —dijo—. Estaba esperando noticias sobre tu comportamiento, porque Mae me habló de ti en la fiesta. Al parecer, reúnes las condiciones idóneas para quedarte con nosotros. ¿Sabes de qué se trata?

—No exactamente. Bueno, claro, ya sé todo eso de los grupos de muchachos...

—Eso son tonterías —sonrió Conexión—. Aunque no del todo. Los muchachos lo hacen bien, pero no son ni mucho menos la parte fundamental del asunto. Digamos que son... la cantera.

—¿La qué?

—La cantera de la que extraemos nuestro personal... verdaderamente rentable. Esos muchachos aman la vida fácil e intensa, y nosotros se la proporcionamos. De cuando en cuando, sale uno bueno, uno que puede encajar en los seniors, y así vamos nutriendo toda nuestra organización... que dirige con mano maestra Center Point (1).

—¡Ah! Entiendo, entonces, que Center Point es el jefe... absoluto.

—Exactamente. Nosotros le llamamos C. P., simplemente. Como te he dicho, yo soy Conexión, o sea, el último eslabón después de Mae, entre la organización y C. P. Los propósitos de C. P. son controlar toda la costa del Pacífico. Las cosas estaban muy bien encaminadas, pero de un tiempo a esta parte, algunos de los peces pequeños se han unido para formar otra organización que pretende rivalizar con nosotros en el negocio. A esa otra organización la llamamos Cocktail, ya que se ha formado con la unión de varios peces pequeños, como te he dicho. Y como quiera que C. P. no quiere rivalidades, uno de vuestros objetivos principales, en estos momentos, es eliminar a Cocktail, y quedarnos con sus efectivos.

(1) Punto Central en inglés.

—O sea, que Cocktail se dedica a lo mismo que nosotros : es decir, a reclutar grupos de muchachos.

—Ese es el punto de partida. Tenemos bien controlada a esa juventud —sonrió sarcásticamente Conexión—. Y las razones son bien sencillas; les damos lo que quieren: Drogas, dinero, locales para que se diviertan a su gusto, diversiones de toda clase... Estamos consiguiendo que la mayor parte de la juventud de San Francisco y otras ciudades importantes de toda la costa del Pací-tico, acepten nuestra... dirección. Claro que de cuando en cuando aparecen grupos de muchachos que no aceptan nuestras ofertas, y los hay incluso a los que ni siquiera osamos acercarnos, pues conocemos sus tendencias honradas, pero a ésos les damos algún escarmiento, y les hacemos comprender que la vida alegre está con nosotros.

—Digamos que si algún grupo de muchachos pretende... ser honrado, se le disuade de ello por un medio u otro.

—Claro —sonrió Conexión—. O se le hace la vida tan poco grata que los demás prefieren ponerse de nuestro lado, antes que pasar por el mismo trance. Considerando que nosotros nos nutrimos de golfos, es lógico que les hagamos la vida imposible a los que no lo son...

—¿Por eso alguien fue a darle una paliza al maestro Shoji?

—¿A quién...? ¡Ah, sí, ese viejo japonés! Eso es. Resulta que ese macaco

estaba reuniendo en su escuela de judo cada día más jóvenes de su sector. Al principio no hicimos caso, pero acabamos por darnos cuenta de que no sólo se estaba llevando a su cotarro a muchos muchachos, sino que éstos, a su vez, les llenaban a los demás la cabeza de pájaros: que si el judo, que si la convivencia, que si la integridad... Toda una sarta de tonterías que acabaron por fastidiarnos. Así que decidimos suprimir esa escuela de judo, y meterles un poco el miedo en el cuerpo a esos muchachos. Le dimos una paliza al viejo mico, y asunto terminado..., hasta que apareciste tú. Aunque —alzó las manos, riendo—, ya veo que, quizá por tener una edad más adecuada, has sabido comprender qué lado te conviene más.

—Así es —sonrió Nat.

—Bien, vamos a dejar eso de la escuela de judo; no tiene la menor importancia...

—Todavía está la chica con él —dijo, de pronto, Wesley.

—¿Quién? —lo miró Conexión, sorprendido.

—La chica, esa muchacha llamada Mary Jane Colby. Todavía sigue con Shoji.

Conexión frunció el ceño, y quedó pensativo. Por fin, con un gesto despectivo, reanudó su charla:

—Ya pensaremos algo sobre la chica. Desde luego, no quisiera tener que matar a nadie... Me refiero a ese Shoji, claro. Nada de grandes complicaciones. Una cosa es darle la paliza a un japonés, y otra asesinarlo. No quiero que los muchachos se asusten... Nos interesan en buenas condiciones, dispuestos a todo: tan sólo con sus pequeñas rapiñas, estamos consiguiendo un bonito capital que nos permitirá, pronto, a los seniors, afrontar definitivamente empresas mayores.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, grandes atracos, subgrupos de control económico en toda la costa, extorsiones a gran escala...Center Point va a convertir nuestra organización en una especie de... pulpo que lo abarcará todo. Por un lado, tendremos el dinero que nos recolectan los muchachos —Conexión soltó una carcajada—, y por otro lado, el que consigamos nosotros, los seniors, con asuntos de mucha más envergadura... Pero, ante todo, tenemos que eliminar de una vez por todas a Cocktail. Y para eso, contamos con hombres como tú, Nat. ¿Estás de acuerdo?

—Por completo. Pero no me gustaría jugarme el pellejo por cuatro tonterías, como esos chicos.

—No, hombre, no. Ya te digo que ésa es la cantera donde entrenamos personal para luego seleccionar los más adecuados. Además, son nuestros capitalistas... ¡Ni se dan cuenta de que ellos misinos se están pagando Sus vicios! Claro que, a cambio de eso, nosotros les facilitamos datos, les asesoramos... Si no fuese por nuestra dirección, la Policía no los dejaría vivir. Pero bajo nuestra dirección están bien, y saben agradecerlo. Bien, Nat: ¿me dicen que nunca usas armas?

—Nunca... hasta ahora.

—Así se habla. Me gustas —lo señaló con un dedo—, Mae me dijo que así sería, pero quería asegurarme. Un tipo que tiene tu cara de muchacho de buena mamá, y que tiene tan mala uva, es una... especie de joya en una organización como la nuestra. ¿Has matado a alguien alguna vez?

Nathaniel Moore apretó los labios, y sus cándidos ojos azules parecieron congelarse. Conexión alzó las manos, riendo.

—Está bien, está bien... Por ahora, vamos a dejar las cosas así. Quedarás a las órdenes directas de Wesley, con Sam y Jerry. Oportunamente, Wesley recibirá instrucciones, al mismo tiempo que los demás grupos que tenemos en toda la costa... Por cierto, el del brazo roto... ¿Qué sabes de él, Wesley?

—¿Yo? Nada. Eso es cosa de Mae, ¿no? Yo sólo sé que los cinco hombres que vinieron de Seattle hicieron el trabajo en la escuela de judo, y regresaron allá. Pregúntele a Mae.

—Sí... No he pensado en eso, cuando la he visto. Bien, ya lo arreglaré. En cuanto a esa escuela de judo... No es que tenga demasiada importancia, ya que no funciona, pero, habrá que pensar algo definitivo... Ya se me ocurrirá algo que ponga el punto final. Bien: ¿hay algo que tengáis que consultarme, o necesitáis algo?

La respuesta fue negativa, y Conexión se fue, tan discretamente como había llegado. Wesley, que le había acompañado a la puerta, regresó sonriendo.

—Le has caído bien —dijo, mirando a Nat—. Insiste en lo de tu cara de buen muchacho... Conexión tiene buenas ideas. Ya verás cómo le sacamos partido a esa cara de angelito que tienes: ¡hasta yo confiaría en ti!

Se echaron a reír los cuatro. Nat terminó su whisky, y se puso en pie.

—Bueno, me largo. Iré a...

—Será mejor que te quedes aquí —cortó Wesley.

—Hombre, no jorobes —mascullò Nat—. Tengo que recoger mis cosas en el cuchitril que alquilé, y además, ¿por qué tengo que pasar la noche con vosotros, pudien-do tener mejor compañía?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que le he caído bien a Rosie, la hermana de Sandy, y las noches son muy largas —guiñó un ojo—. ¿Comprendes? Además, Sandy tiene que darme mi parte de lo de esta noche. ¿Qué demonios hago yo aquí, con tres tipos tan feos como vosotros?

—¿Estarás en el apartamento de Sandy?

—Claro. Podéis llamarme allí si me necesitáis para algo. ¿Vale? Vamos, Wesley, no seas aguafiestas.

—De acuerdo —sonrió Wesley—, A fin de cuentas no sabemos cuándo nos llamará Conexión. Puedes marcharte. Pero no te muevas del apartamento de Sandy, ¿estamos?

—Sólo saldré a comprar tabaco —rio Nat—. ¡Hasta la vista!

—Espera, hombre: Sam te llevará en el coche hasta...

—Tonterías. Tomaré un taxi. Salud.

Se despidió con un gesto simpático, y abandonó la casa. Se alejó a pie, silbando, con las manos en los bolsillos, como la persona más despreocupada del mundo. Pero, cuando estuvo a buena distancia del chalé, se metió en una cabina telefónica, y estuvo hablando por teléfono con alguien, durante un par de minutos. Desde afuera, cualquier observador habría podido ver, a través de los cristales de la cabina, sus gestos, sus expresiones irónicas, sus fruncimientos de ceño... Finalmente, salió de la cabina, y caminó unos minutos más, hasta encontrar un taxi, con el que llegó quince minutos más tarde al edificio donde tenía su apartamento. Era ya bastante tarde, y apenas se veía a nadie por la calle. Sólo algunos automóviles circulaban silenciosamente.

Un minuto después, Nat llegaba ante la puerta de su apartamento, la abría, y se quedaba mirando irónicamente a Mary Jane Colby, que de pie en el pasillo, le contemplaba escrutadoramente, expectante.

—Adelante, Cinturón Negro —invitó Nat—. ¿Hace mucho que esperas?

—No.

—Has sido muy rápida —Nat cerró la puerta después de entrar en pos de la

muchacha—: el tiempo justo de colgar y de venir al trote, ¿no es así?

—Yo no troto —replicó, ásperamente, Mary Jane.

—Es cierto —encendió la luz y la miró de arriba a abajo—: eres una buena yegua, así que debes galopar, más que trotar.

—Si me ha hecho venir para insultarme...

—Un momento —cortó hoscamente Nat—. Un momento, nena, En primer lugar, yo no te he hecho venir, sino que has querido venir tú, lo cual es muy diferente. Y en segundo lugar, con quien yo quería hablar no era contigo, sino con el Maestro Shoji; pero tú me has dicho que él estaba descansando ya, y que preferías conversar conmigo personalmente. ¿Ha sido así o no ha sido así?

—Ha sido así —murmuró Mary Jane—. Me pareció que lo que tenía que decirme era importante, y preferí venir, a seguir hablando por teléfono.

—Tonterías. Pero no tenía por qué privarte del capricho. Me imagino que ese capricho obedece, simplemente, a que te gusto. ¿A que sí?

—Quizá —sonrió Mary Jane.

—Eso está mejor. ¿Quieres beber algo? Un vaso de agua, por ejemplo. He bebido hace poco un whisky, y lo tengo agarrado a la garganta como si fuese una brasa... ¡Menuda porquería! ¡Siéntate, demonios!, o te van a salir varices en las patas. ¿Quieres agua o no?

—Bueno.

El apartamento era minúsculo, pero aceptablemente confortable y limpio. Mary Jane se quedó en el pequeño comedor-salita, y Nat fue a la cocina, de donde regresó con una jarra llena de agua y dos vasos. Sirvió a Mary Jane, se sirvió a sí mismo, y alzó el vaso.

—Ahora, sí —suspiró—: ¡salud!

—¡Salud! —sonrió de nuevo ella.

Nat se bebió, toda el agua del vaso de un trago, volvió a suspirar satisfechísimo, y miró a Mary Jane, que continuaba bebiendo, más despacio.

—No bebas tanto: tendrías que levantarte a medianoche a hacer pipí.

—¿Y qué? —se sorprendió ella.

—Pues que a mí me fastidian mucho las personas que abandonan la cama

durante la noche: ruidos, movimientos, la luz... Y no te digo nada si además nos hemos quedado dormidos, abrazados: entonces seguro que me despiertas.

Mary Jane frunció el ceño.

—¿Eso significa que cree que voy a pasar la noche con usted?

—¿Con quién mejor?

—Pues podría citarle unos quinientos nombres, señor Moore. Pero dígame: ¿qué es lo que quiere usted?

—Muchacha: eres de lo más desconcertante. Si no quieres pasar la noche conmigo..., ¿por qué demonios no te has limitado a tomar el recado por teléfono, o a despertar al Maestro Shoji, que también era muy sencillo?

—Bueno... Quería verle para saber si le ocurría algo. Como hace días que no aparece por el Dojo...

—Eso son cosas mías. Pero si lo que tienes tú son ganas de darme una paliza, tan buena es la cama como el tatami... Dime una cosa: ¿dónde y con quién aprendiste judo?

—¿Por qué pregunta eso?

Nat se sirvió un poco más de agua, alzó el vaso, y miró a Mary Jane a través del transparente líquido.

—Porque tu judo es bastante deficiente.

—¿Deficiente? —exclamó ella—. Le di a usted una buena paliza, ¿no es cierto?

—Es cierto. Pero tu técnica es... extraña. Desde luego, no aprendiste judo con nadie parecido al Maestro Shoji, eso es seguro.

—¿Cómo puede saber eso?

—Hijita, yo sólo tengo que ver cómo mueve los pies sobre el tatami una persona, para saber a qué atenerme. Pero, en fin, vamos a dejar eso Tienes cara de persona honrada, eso sí, y también tus ojos me gustan... Y no lo digo porque sean bonitos, que lo son, sino por lo que veo en ellos.

—¿Qué ve en ellos? —sonrió, de nuevo, Mary Jane.

Nathaniel Moore entornó los párpados. En un instante, su mente saltó hacia atrás, en busca de los no muy lejanos recuerdos. Recuerdos de sacrificio, de sudor, de fatiga infinita, de huesos doloridos... Pero simultáneamente,

recordó también el momento de la despedida, cuando él fue al bonito ryokan, la encantadora casa en el campo donde vivía el hombre que más admiraba y respetaba en el mundo: un viejo japonés de blancos cabellos, ojos negrísimos todavía rebosantes de energía interior, rostro arrugado y quemado por el sol que cada día tomaba en su jardín lleno de flores, pinos, bambúes y pájaros... Era como si en aquel momento, con la extraordinaria facilidad del pensamiento, estuviese allí mismo, en aquel jardín en cuyo centro había un pequeño arroyo que formaba un remanso cruzado por un delicioso puentecillo de madera...

* * *

«El Muestro estaba sentado en el porche de la parte de atrás de la casa, ante el jardín, cuando Nathaniel Moore apareció. Era un día espléndido, lleno de sol y de silencio. Se miraron, y el Maestro señaló el piso de tablas ante él. Nal se sentó, y esperó. No mucho. El viejo Maestro le miraba con sonriente atención.

»Por fin, habló:

»—Siento que tengas que marcharte, Nat.

»—Yo también lo siento, Sensei. Por otra parte, el empleo que me han ofrecido en Estados Unidos, es sólo eso: un empleo. Si usted lo desea, puedo rechazar la oferta, y- continuar en Japón.

»—No —rechazó el Maestro—. Tu trabajo es hermoso, y quiero que lo afrontes. Entre nosotros no puede existir el egoísmo, porque eso iría contra el espíritu de lo que hemos aprendido. Me gustaría que te quedases, fiero prefiero que sigas tu camino. Estoy seguro de que ese camino te llevará muy lejos..., muy alto.

»—Gracias, Sensei. Nunca olvidaré estos cuatro años pasados bajo sus consejos y enseñanzas.

»—Entonces, soy yo quien te da las gracias a ti... Nunca te he hablado hasta ahora de la Kuro Arashi, Nat. ¿Sabes lo que es?

»—Negra Tempestad —tradujo Nat, en un murmullo—. No, no sé lo que es, Sensei.

»—Si continuases cerca de mí, todavía no te hablaría de ella, de la Kuro Arashi, mi organización. Simplemente, llegado el momento, te haría venir y te pediría tu colaboración. Pero te vas muy lejos, y es conveniente que sepas qué es la Kuro Arashi: una organización de personas como tú y como yo, budokas convencidos, que luchamos en favor de quien lo necesite, afrontando cualquier riesgo. Hay muchos compañeros nuestros en todo el mundo que

pertenecen a esta organización. Cuando algo malo ocurre, yo les aviso, y ellos enderezan la situación... sea como sea. Primero, a las buenas, naturalmente. Luego, como sea. ¿Crees que tiene sentido perjudicar a los malos para beneficiar a los buenos?

»—Sí, Sensei —sonrió Nat.

v—Entonces, es posible que alguna vez. te llame por teléfono, o te escriba una carta, o te envíe un telegrama, o envíe a alguien para que se ponga en contacto contigo y te facilite determinadas instrucciones para que hagas algo bueno..., que no siempre será fácil. Quiero saber si cuando eso suceda dejarás lo que sea que estés haciendo para seguir esas instrucciones.

»—Lo haré.

»—En ese caso, fíjate en nuestro distintivo, y no lo olvides; todas las personas que merecen mi confianza lo conocen, y saben a qué atenerse cuando lo ven: la Kuro Arashi los necesita, y ellos deben ser fieles a su promesa de obedecer, de ayudar, de poner de relieve una vez más el alto espíritu del budoka.

»El Maestro tendía una cartulina a Nat, que la tomó v miró el dibujo impreso en ella. Era una estrella negra de seis puntas; en el centro, como si la estrella fuese un rostro, había dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados con gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo.

»Nat devolvió la cartulina.

»—Nunca lo olvidaré —aseguró.

»—Te deseo la mejor suerte del mundo. Ve en paz, Nat. Y no dejes nunca que se ensucie la luz de tus ojos. Por nada.

»Nat Moore parpadeó, desconcertado.

»—¿La luz de mis ojos? —musitó.

»Takeo Inomura, el viejo maestro de. Artes Marciales, sonrió, y en ese mismo instante Nat supo lo que era la luz limpia en los ojos de una persona.

»—Todas las personas tenemos luz en los ojos... Pero la luz, como todas las cosas de este mundo, puede ser limpia o sucia. Es limpia la luz de un día radiante como éste, es sucia la luz de un día de tormenta. Cada una de esas luces indica una verdad: un día claro y hermoso, o un día turbio, desagradable, deprimente. Del mismo modo, los ojos de las personas tienen una u otra luz. Y según sea esa luz, así serán esas personas. Pero presta atención, Nat: no te

estoy hablando del brillo de una luz, sino de la luz misma. Esa luz que sólo encontrarás en el fondo de los ojos de todas las personas del mundo, y que te hará saber si esas personas tienen la luz limpia o sucia. Si la luz es sucia, ten cuidado. Si la luz es limpia, no te preocupes por pequeños detalles, porque siempre todo terminará bien.

»—¿Y cómo podré distinguir una luz de otra, Sensei?

»—Podrás hacerlo en el mismo momento en que la luz de tus ojos sea limpia.

«Nat Moore asintió, inclinó la cabeza, y estuvo así unos minutos, en silencio. En silencio y rodeado de silencio..., excepto el canto de algún que otro pajarillo que revoloteaba por el jardín donde sólo había paz.

»Por fin, alzó la cabeza. Takeo Inomura tenía la mirada fija en él. Sonrió, y dijo:

»—No dejes de tenerme al corriente de tu vida: me hará feliz, saber que eres feliz.

»Nat se inclinó, sin abandonar su postura zazen, ante el Maestro. Su frente casi tocó el suelo. Luego, se puso en pie y abandonó aquella casa...»

* * *

—¿...Algo?

La voz llegó de pronto a sus oídos, y Nat parpadeó velozmente, mirando a Mary Jane Colby... y viéndola, no mirando a través de ella, como un instante antes.

—¿Qué...?

—Parece que se haya quedado como traspuesto —frunció el ceño la muchacha—. ¿Le ocurre algo?

—No, no.

—Bien: ¿qué ve en mis ojos?

—¡Bah, cosas mías...! Tonterías. Bueno, chata, tú estás viviendo en la casa del Maestro Shoji, ¿verdad?

—Sí.

—Okav. Vuelve allá, despiértalo, y dile de mi parte que debe marcharse. Y tú haz lo mismo. Pero sin precipitaciones, sin dar la sensación de que huis.

Simplemente, mañana temprano, tú y él despejáis el campo.

—¿Y por qué tenemos que hacer semejante cosa? Yo estoy muy bien allí, y barato. En cuanto a él, dudo mucho que acepte marcharse sin haber vendido el local.

Nat Moore se procuró un papel y un bolígrafo, dibujó en el primero la estrella de la Kuro Arashi, y lo entregó a Mary Jane, que se quedó mirando, estupefacta.

—¿Qué es esto? —musitó.

—Dáselo al Maestro Shoji, y él entenderá. ¡Adiós, tía buena!

Se puso en pie. Mary Jane le imitó, lentamente, sin dejar de mirarlo cada vez con más atención.

—¿En qué quedamos? —deslizó—. ¿Tengo que marcharme... o prefieres que me quede?

—¿Te quedarías? —la miró, sorprendido, Nat.

Mary Jane se acercó a él, le echó los brazos al cuello, y le besó. Al principio, un tanto reservada en la entrega, pero Nat Moore, que así lo notó y había permanecido inmóvil, fue notando el lento, suave cambio en los labios de la muchacha. Entonces la abrazó a su vez, y correspondió al beso. No tardaron sus manos en abandonar la cintura de Mary Jane, para acariciarla con más intimidad.

No hubo protesta. Al contrario, ella intensificó la dulzura de su beso..., hasta que, finalmente, tuvo que apartarse, para tomar aire ávidamente.

—¡Santo cielo...! —jadeó.

—Me parece que sí te quedarías —sonrió Nat.

—¡Oh, sí...! ¡Me quedaría! Pero, Nat, todo esto... ¿Qué es lo que está pasando? ¿Quién eres, qué es lo que ocurre, qué significa ese dibujo que debo entregar a...?

Nat Moore la volvió a besar. Cuando fueron a darse cuenta; estaban tendidos en el sofá, sin haber interrumpido el beso. Mary Jane emitía aquel gemidito de viaje al paraíso, y que nada tenía que ver con los viajes de Rosie... Y entonces, Nat Moore dio un salto y quedó de pie junto al sofá.

—¿Qué... qué...? —respingó ella.

—Tenemos que marcharnos.

—¡Pero Nat...!

El desapareció hacia el interior del apartamento. Cuando reapareció, metiendo todavía algunas prendas en una bolsa deportiva. Mary Jane todavía se estaba abrochando la blusa. Lo miró hoscamente.

—Lo que has hecho es una cochinada —dijo.

—Oye, que no he hecho nada...

—Eso he querido decir. Me has... puesto en marcha y...

De nuevo entornó Moore los ojos, con aquel gesto peculiar. Por fin, sonrió, y señaló hacia la salida. Como ella no se moviese, la asió de un brazo, y la arrastró. Segundos después, salían del apartamento. Nat cerró la puerta, la miró, y guiñó un ojo.

—En breve, la segunda parte —prometió—: ahora, tenemos que separarnos. Vamos.

Bajaron a la calle. Y apenas habían puesto los pies en ella, Nat oyó la voz conocida, a un lado y detrás de Mary Jane:

—¿Qué te parece? Apuesto que a Conexión le encantará oír tu explicación, Nat.

CAPITULO VI

Muy despacito, Nat volvió la cabeza.

—¡Hola, Sam! —saludó.

Sam, que estaba detrás de Mary Jane, empujó a ésta un poco hacia delante, pero sujetándola por el cabello con una mano, y mostrando en la otra una pistola con silenciador.

—Me huelo que la chica de la escuela del Maestro Shoji te cae bien, Nat. ¿Te gustaría que continuase con vida?

—Sí.

—Entonces, vamos hacia el coche. Tú te sentarás delante y conducirás. La chica y yo iremos detrás. ¿Okay?

—Okay.

Sam tenía el coche cerca de allí. Llegaron, ocuparon las plazas indicadas por el senior de la organización de Central Point, y Nat tomó las llaves que, desde atrás, le tendía el granuja.

—Ya sabes dónde está el chalé, Nat. Vamos allá.

Nat Moore puso en marcha el coche. Cuando miró por el retrovisor, vio el rostro tenso de Mary Jane, que no había pronunciado una sola palabra. Inteligente chica, sí, señor. Por supuesto, tenía que estar asustada, pero no había proferido ni siquiera un gritito de esos, graciosamente histéricos, tan propios de las mujeres.

Estaban rodando suavemente, con facilidad. El tráfico era escaso. Por el retrovisor, Nat seguía mirando a Mary Jane, y a Sam, que no descuidaba la vigilancia. Pero la situación era muy diferente a como había temido Nat en un principio: había pensado, le parecía que con no poca lógica, que Sam no estaba solo. Pero sí. Estaba solo. Nadie había estado respaldando su acercamiento a ellos, nadie había estado esperando en el coche. .

—Oye —preguntó de pronto Sam—: ¿es muda la chica?

—No —dijo festivamente Nat—: pero debe haberse tragado la lengua de puro miedo.

—¡Ah! Muy razonable. ¿Y tú no tienes miedo?

—Si tuviese tanto miedo como dinero, sería millonario. Pero, Sam, ¿quieres que te diga una cosa?: no me gusta la luz de tus ojos.

—¿Que no te gusta la lu...?

El pie derecho de Nat se hundió, de pronto, en el freno, hasta el fondo. El frenazo fue tan brusco que ocurrió exactamente lo que él había pensado que ocurriría: Mary Jane, que estaba inmediatamente detrás de él, salió despedida, golpeándose de cara contra su espalda ; y Sam, que estaba sentado inmediatamente detrás del asiento contiguo al del conductor, salió disparado hacia éste...

Pero no llegó.

Nat Moore giró de cintura solamente, como si fuese de goma, hacia su derecha, y lanzó su puño izquierdo al encuentro del rostro de Sam.

¡Crack!, crujió la frente de éste. Y ya detenido el coche, e impulsado por el golpe, Sam regresó al asiento de atrás, con los ojos en blanco y la ceja izquierda grotescamente hundida... Trágicamente hundida, como si acabase de ser golpeado con una maza. Rebotó en el respaldo del asiento, soltando la pistola, y quedó arrugado como un muñeco de trapo medio vacío.

—¡ Dios mío! —gimió Mary Jane.

Nat la miró un instante, tensas las facciones. Luego, reanudó la marcha, diciendo:

—Empújalo hasta colocarlo en el asiento de delante, junto a mí. ¿Podrás hacerlo?

—Creo... creo que sí, pero...

—Simplemente, hazlo.

Mary Jane obedeció, pero finalmente tuvo que ayudarle Nat, ya convencido de que nadie había observado lo ocurrido, y que nadie había por allí que pudiese verlo. Ya con Sam a su lado, miró a Mary Jane, y murmuró:

— ¡Adiós, tía buena!

—Nat..., este hombre..., ¡está muerto!

—Lo sé. ¿Preferirías estar muerta tú?

—No, pero deberíamos...

—Apéate. Y ve a darle mi recado al Maestro Shoji.

—Nat, no podemos...

—¡Apéate o te saco del coche a bofetadas!

Mary Jane salió rápidamente. Nat ni siquiera le hizo caso. Se alejó a toda prisa de allí, poco después encontró el lugar que le pareció conveniente. Redujo la velocidad, agarró su bolsa deportiva con la misma mano con que abrió la portezuela del conductor, y fijó su mirada en una de las farolas... Aceleró la marcha, abrió la portezuela, y saltó del coche seis o siete metros antes de que éste se estrellase contra la farola.

¡Pobre Sam! Más le habría valido quedarse en el chalé tomando un whisky en lugar de, siguiendo las instrucciones de Weslev, «darse un garbeo detrás de Nat a ver qué hace---»

Seguramente, a aquella hora, no estaría muerto, sino durmiendo tranquilamente.

* * *

—¡Hey, despierta!

Nat Moore se sentó en la cama, sobresaltado, al mismo tiempo que lo hacía Rosie. Se quedaron los dos mirando con los ojos muy abiertos a Wesley, que les apuntaba con una pistola Junto a Wesley estaba Jerry, también pistola en mano. Y un poco más atrás de Wesley, estaba Sandy, desgreñado, sólo con los pantalones del pijama, y tan asustado como su hermana y Nat Moore.

—¿Qué pasa? —respingó Nat—. ¿Qué demonios ocurre, dónde estoy, qué...? ¡Maldita sea! ¿Qué hacéis vosotros aquí?

Wesley le miraba torvamente. Desvió un instante la mirada hacia el espléndido cuerpo de Rosie, y luego gruñó:

—¿Qué pasó con Sam?

—¿Con Sam? —Nat parpadeó, mirando hacia detrás de Jerry—. No comprendo... ¿Dónde está?

—Eso es lo que queremos saber nosotros.

—¿Qué queréis saber dónde está Sam? ¿Y venís a preguntármelo a mí? ¿Qué hora es?

—Las tres de la madrugada.

—¿Las...? ¡Hombre, podríais iros a tomar... viento! Pero ¿qué demonios está ocurriendo?

—O es mejor actor que Spencer Tracy, o no sabe nada —dijo Jerry, malhumorado.

—¿Podéis decirme qué pasa? —farfulló Nat—, ¡Y tú, tápate, o a Jerry le va a dar un síncope!

Colocó una sábana sobre el cuerpo de la asustada Rosie, saltó de la cama, y se colocó con rápido gesto los calzoncillos. Wesley y Jerry, que le miraban atenta- mente, cambiaron una mirada entre ellos.

—¿No sabes nada de Sam? —murmuró Wesley.

—¡Que no, hombre! La última vez que le vi estaba con vosotros. Me fui a mi apartamento, recogí mis cosas, y me vine aquí. Rosie estaba en casa, con la esperanza de que yo viniese, y... pues eso: aquí estamos los dos. Ni siquiera nos dimos cuenta de cuándo llegó Sandy.

—Pues tendrías que saber algo de Sam, porque le enviamos detrás de ti.

Nat Moore quedó boquiabierto, con magistral gesto de tonto de nacimiento. En una mano tenía los pantalones. Con la otra, se rascó la pelambrera..., y de pronto, para pasmo de todos, se echó a reír.

—¡La madre que os puso talco...! ¿Iba Sam en un coche?

—Claro.

—¡Fiuuu! —Nat agitó los dedos en el aire—, ¿Apostáis algo a que era él?

—¿De qué estás hablando?

—Cuando venía hacia aquí en un taxi, después de recoger mis cosas, un coche se estrelló contra una fa- rola, detrás nuestro. Le dije al taxista que parase, que había habido un accidente, y me dijo que ya acudiría alguien, que malditas las ganas que tenía de pararse a recoger a un borracho y pasarse la noche dando explicaciones... Como pensé que a mí ni me iba ni me venía el asunto, le dije que muy bien, y seguimos hacia aquí.

—¿Dónde fue eso? —preguntó Wesley, que había palidecido.

—¡Y yo qué sé...! No muy lejos de mi apartamento, es todo lo que puedo deciros. No conozco San Francisco, así que...

—¿Dónde tenías el apartamento?

Nat Moore dio la dirección, ofreciéndose, además, a acompañar a Wesley y Jerry, pero el primero rechazó su ayuda. Lo apuntó, ahora, con un dedo.

—No te muevas de aquí. Y, pimpollo, si nos has contado un cuento chino, ve encargando tu ataúd. ¿Está claro?

—Esta noche, una chica me dijo muy finamente: vete a la mierda. Me parece que me confundió contigo, Wesley.

Este soltó un gruñido, dio la vuelta, y salió del dormitorio, seguido de Jerry y de Sandy. Éste regresó segundos después, y miró todavía sobresaltado a Nat.

—Estaba casi dormido cuando llamaron. Y como dijo que era Wesley...

—¿Quién te ha pedido explicaciones? —gruñó Nat—. ¡Claro que tenías que abrirles la puerta, idiota! Y ahora, ¿podemos dormir en paz de una maldita vez? ¡Y no se os ocurra despertarme antes del mediodía, o habrá jaleo aquí!

* * *

—Te vas a meter en un lío si sales del apartamento, Nat —insistió Sandy —, Puede que Wesley te llame, y si no estás, seguro que se molestará.

—Sólo quiero estirar un poco las piernas —refunfuñó Nat—. ¡Qué demonios, llevo todo el día encerrado aquí dentro, y tengo ganas de caminar un poco! Además, ya se queda Rosie aquí, por si Wesley llama, tomar el recado.

—No le gustará —apoyó Rosie a su hermano—. Y a mí tampoco me gusta quedarme aquí aburriéndome.

—Serán sólo quince o veinte minutos, pequeña ninfa —sonrió Nat Moore —. ¿Por qué no te duchas, y así cuando vuelva te encontraré a punto para pasar la velada?

—Bueno —sonrió Rosie, más convencida.

—Pues andando —señaló Nat la puerta del apartamento.

Sandy y Nat fueron hacia la puerta. Bien poco que le importaba a Nat dar un paseo, pero tenía que salir si quería hacer aquella llamada telefónica. Llamada que no quería hacer desde el apartamento de Rosie y Sandy, pues de ninguna manera le convenía que éstos supiesen que se comunicaba con el Shoji Dojo; es decir, sólo quería llamar para asegurarse de que nadie había allí, de que nadie respondía al teléfono. Y en cuanto se tranquilizase a este respecto, tendría que tomar una decisión, pues no estaba dispuesto a pasarse la vida encerrado en aquel apartamento mientras los demás tomaban las iniciativas...

Sandy había abierto la puerta, y se apartó, para dejar salir en primer lugar a Nat. Pero éste ni siquiera llegó al umbral, en el que aparecieron Wesley y Jerry. Por su actitud, era fácil comprender que no acababan de llegar, sino que estaban allí hacía rato. Quizá sólo unos segundos... Los suficientes para, posiblemente, haber oído a través de la puerta.

Pero parecía que no, porque Wesley sonrió amistosamente.

—¡Hola, Nat! Me alegro de no despertarte esta vez.

—¡Hola! —exclamó, jovialmente, Moore—. Yo también me alegro. Lo que pasa es que a las ocho de la noche sólo me acostaba de niño. Ahora ya soy mayor-cito... ¿Qué sabéis de Sam?

—Ha muerto —susurró Jerry.

Rosie, Nat y Sandy se quedaron mirándolo, sobresaltados.

—¿Es una broma? —mascull̥ó Nat.

—¡Claro que no! —masculló también Jerry, entrando detrás de Wesley, y cerrando la puerta.

—Muerto... Espera un momento: ¿fue él quien tuvo aquel accidente, y...?

—Más o menos —asintió Wesley—. Anoche mismo nos enteramos del asunto. En efecto, el accidente que nos mencionaste ocurrió, Sam fue encontrado dentro del coche, que se había estrellado contra una farola. Como ya estaba muerto, lo llevaron directamente al depósito de cadáveres.

—¿Seguro que era él? ¿Lo identificasteis?

—Entramos a verlo... Y nos lo enseñaron. Pero dijimos que no le conocíamos, que no era la persona que buscábamos, ¿comprendes?

—¡Claro! No queríais que os relacionasen con el...

Pero era él, ¿no?

—Seguro que era él. ¿Sabes qué más hemos hecho, Nat?

—Pues no... Claro que no. Supongo que habréis avisado a Mae, y ella a Conexión, o algo así.

—Exacto. Conexión tiene amigos en la Policía. Es un tipo listo, Conexión, de veras. Recurrió a sus amigos para saber qué había ocurrido exactamente con Sam, al cual le habían hecho la autopsia. Los resultados los ha sabido Conexión esta tarde, no hace mucho. Según parece, la primera impresión fue

que Sam había muerto al golpearse con el parabrisas, debido al choque. Pero no. ¡Hay que ver lo que saben los forenses! ¿Qué te parece que dijo el que atendió a Sam?

—No tengo ni idea.

—Pues dijo que no se había roto la cabeza contra el parabrisas, ya que la hendidura sobre la ceja izquierda no correspondía a esa posibilidad de estrellarse contra una superficie tan lisa como es un cristal especial parabrisas, sino que había sido golpeado con algo muy duro y de tamaño reducido, contundente y penetrante.

— ¡Caracoles! —se rascó la coronilla—. ¿Y que puede ser eso?

—Una maza, un martillo..., un puño... Claro que tendría que ser un puño especial, en este caso. Digamos, un puño entrenado. Un puño como el tuyo, si recordamos lo que hiciste anoche metido entre un grupo de muchachos armados de palos, porras y cadenas. Un puño en verdad contundente, propio de un sujeto que, cuando golpea, no deja títere con cabeza. ¿Lo entiendes, Nat? Y nosotros hemos pensado que un puño así puede corresponder a un karateka, por ejemplo. Y pensando en un karateka, hemos pensado en eso que llaman las Artes Marciales. Y pensando en las Artes Marciales, hemos pensado en el judo. Y pensando en el judo, hemos pen- sado en la escuela del Maestro Shoji. Y pensando en la escuela del Maestro Shoji hemos pensado que tú estu- viste allá, y que quizá eres un practicante sincero de judo, o mejor, de karate, que nos has querido tomar el pelo, ya que, en realidad, eres amigo de Shoji... ¿Qué te parece?

—Me parece que habéis pillado una indigestión de pensamientos —sonrió Nat.

—Quizá —dijo Jerrv, sacando la pistola—, Pero tú la vas a pillar de plomo, chico listo. Y va a ser ahora mismo.

—No —exclamó Rosie—. ¡No!

Nadie la hizo el menor caso. Wesley, que también había sacado su pistola y apuntaba asimismo a Nat, continuó:

—En resumen: nosotros pensamos que Sam hizo con- tacto contigo, ignoramos por qué, ya que sólo tenía que vigilarte, y qué tú debiste verte muy comprometido, así que... le partiste la cabeza de un trastazo. Puedes partirle la cabeza a un tipo, ¿verdad?

Nat Moore se miró las manos, que extendió ante él, a la altura del vientre. Se quedó así, silencioso, inmóvil...

—Claro que podemos equivocarnos —terminó Wesley—, pero la chica nos sacará de dudas.

—¿Qué chica? —alzó vivamente la cabeza Nat.

—La que está con Shoji, hombre. Hemos decidido darle una lección a ella, y que sirva, de paso, como escarmiento a todos..., empezando por Shoji. Así que unos amiguetes nuestros han ido a por ella, se la llevarán de la escuela de judo a un sitio muy agradable, y después de pasar un par de días con ella, se la devolverán a Shoji, para que éste comprenda que es el segundo y último aviso: ¡no debe entrar nadie en este sitio! Porque la próxima vez que entre alguien..., será ese viejo nipón quién pagará finalmente con su asquerosa vida. Pero ya verás cómo el nipón comprende de una vez por todas. Es decir, no lo verás... porque dentro de un minuto estarás viajando, muerto, en el coche que tenemos abajo. Así que asunto term...

Sandy fue el único personaje que no reaccionó en aquella situación, como si hubiese quedado petrificado. Todo lo contrario que su hermana, cuya reacción resultó en verdad imprevisible para Nat, Wesley y Jerry: en el momento en que éstos se disponían a disparar contra Nat, Rosie se adelantó, interponiéndose, poniendo sus pequeñas manos como barrera para las balas; en realidad, convencida de que aquellos hombres no iban a disparar, todo era... una bravuconada... Sí, una bravuconada...

—¡No disp...! —empezó a decir.

Su suerte fue tan trágica como absurdo había sido su gesto de proteger a Nat Moore... En el momento en que sonaban los dos chasquidos de otros tantos disparos efectuados con silenciador, Moore ya no estaba donde había estado una fracción de segundos antes, de modo que la protección de Rosie, tan inesperada, ni siquiera tenía razón de ser.

Y así, mientras la muchacha recibía en pleno pecho las dos balas que de ninguna manera habrían alcanzado a Nat, éste, tras un sorprendente y velocísimo giro hacia su derecha, efectuaba otro, alzando su pierna derecha, de modo que el pie fue a golpear en la punta de la barbilla de Wesley. Pareció que toda la cabeza de éste crujiese como una rama seca, y el pistolero saltó hacia atrás, soltando la pistola... mientras Jerry, lanzando un grito de asombro y alarma, desviaba la línea de tiro, siguiendo a Nat.

Plop, disparó de nuevo, confundiéndose el suave chasquido con el ruido del cuerpo de Rosie al caer, por fin, de espaldas. La bala pasó por encima de la cabeza de Nat, que se había tirado de rodillas ante las piernas de Jerry, siempre sorprendente en sus reacciones, por completo imprevisibles.

Jerry lanzó un chillido, quiso bajar el arma para disparar contra la cabeza

de Nat, que tenía allí mismo..., y en ese momento las manos de Moore asieron sus rodillas por detrás, mientras sus hombros empujaban en los muslos de Jerry, que lanzó otro grito y cayó de espaldas, como un saco, disparando hacia el techo, víctima del impecable morote gari de judo.

Desde el suelo, Jerry insistió en disparar contra Nat, pero éste cayó sobre el pistolero Como un gato sobre un ratón. Por un instante, pareció que Jerry quedase aplastado por un peso muy superior al real, adherido al suelo bajo la presión del cuerpo de Nat Moore, que pareció extenderse, ramificarse, como una masa de plomo blanda que bloquease todos los puntos factibles de movimiento en el cuerpo de Jerry.

El inicio de la inmovilización tate shio gatame fue perfecto, el cuerpo de Nat controlando todos los puntos del de Jerry, mientras el torso del primero oprimía el rostro del segundo, lo bloqueaba también, apretando para conseguir el sofoco que privaría de conocimiento a Jerry.

Pero, en su desesperación, Jerry hizo lo único que podía hacer: apretar el gatillo de la pistola que todavía empuñaba en su mano derecha, la cual, como todo el brazo, había quedado bloqueado por aquella especie de pulpo en que se había convertido Nathaniel Moore...

Y éste lanzó un grito cuando la bala pasó rozando la cara interna de su muslo izquierdo. Fue como un latigazo de fuego que le hizo saltar, quedar de pie ante las piernas de Jerry, notando como fuego auténtico en la larga pero superficial herida. Pese al intenso dolor, vio a Jerry, medio sofocado, apuntándole de nuevo con la pistola, desde el suelo...

Dio un paso hacia su izquierda, y disparó la pierna derecha. El pie arrancó la pistola de la mano de Jerry, que lanzó un bramido, se puso en pie dispuesto a ir en busca del arma..., y entonces se encontró asido por las dos manos de Nat Moore.

Jerry jamás llegó a saber lo que le ocurrió.

Fue alzado y lanzado contra la pared por encima del hombro derecho de Nat, por medio del escalofriante ippon seoi nage de judo.

—¡Taaiiííííooooo...! —resultó no menos escalofriante el Kiai de Nat, en la plenitud de la proyección.

Jerry llegó casi hasta el techo en su vuelo que terminó de cabeza contra la pared, que resonó como bajo el impacto de un cañonazo, tras el cual, el pistolero cayó como roto al suelo, y quedó inmóvil... Tan inmóvil como lo estaba su compañero Wesley.

Inmediatamente, Nat se acercó a Rosie, y se arrodilló junto a ella. La

muchacha estaba pálida, inmóvil, con las manos en el ensangrentado pecho, los ojos muy abiertos...

—Sandy —sonó crispada la voz de Nat—. ¡Llama una ambulancia! ¡Sandy!

Se puso en pie de un salto, se acercó a él, y le propinó dos sonoras bofetadas. Luego, lo empujó hacia el teléfono.

—¡Llama una ambulancia, pronto!

—Sí... Sí...

Nat corrió hacia el dormitorio de Rosie, sacó una sábana del armario, y regresó junto a la muchacha, rasgando ya la sábana. Rosie movió lentamente los ojos hacia él.

—Nat... Nat...

—No hables, Rosie.

Le apartó cuidadosamente las manos del pecho, rasgó la ropa, y palideció al ver los dos tremendos boquetes, casi juntos. Sandy estaba hablando por teléfono, tartamudeando. Cuando terminó, se acercó a Rosie y Nat: éste intentaba contener la hemorragia colocando trozos de sábana sobre los dos boquetes.

—Ya... ya envían una... ambulancia...

—Ayúdame.

Taponaron las heridas como mejor supieron y pudieron. Rosie miraba a Nat, y sonreía... Pero sus ojos parecían dos bombillitas que se fuesen apagando y encendiendo de nuevo, cada vez más débilmente.

—No podemos hacer más, por ahora —musitó Nat—. Vigila que no salga más sangre.

Se puso en pie, y se acercó al teléfono. Rápidamente, marcó el número del Shoji Dojo, con la esperanza bien fundamentada de que nadie le contestase, y que, por lo tanto, por muchos amigos de Wesley que fuesen allá, nada hubiese que temer...

—¿...?

Nathaniel Moore palideció aún más.

—¡Mary Jane! —gritó—. ¿Qué haces ahí?

—¡Estúpida! ¡Te dije que debíais abandonar los dos el Dojo! ¡Hacedlo ahora! ¡INMEDIATAMENTE!

Colgó de un golpetazo tremendo, y regresó junto a Rosie. Con unos trozos de sábana, vendó su muslo, tras bajarse los pantalones. Y se los estaba colocando bien, y se oía ya la llegada de una ambulancia, cuando la idea pareció explotar en su cerebro: ¿y si aquellos tipos amigos de Wesley ya se disponían a entrar en la escuela de Shoji?

—Sandy: ¿tienes la moto abajo?

El muchacho lo miró como alucinado, y asintió. Nat miró a Rosie, le acarició un instante las mejillas, que notó heladas, y se dirigió, corriendo, hacia la puerta del apartamento. Nada podía hacer ya allí, y quizá el Maestro Shoji y Mary Jane le necesitasen...

CAPITULO VII

—¡Debió decirme todo eso antes, y enseñarme este dibujo! —blandió Matsuo Shoji el papel que le había entregado Mary Jane—. ¿Por qué no lo hizo?

—Ya se lo explicaré —eludió Mary Jane—. ¡Ahora tenemos que salir de aquí, desaparecer del Dojo ¡Vamos, de prisa!

Caminaban por el pasillo, hacia la salida. Tras la llamada de Nat, Mary Jane Colby había comprendido que, por lo que fuese, esta vez la cosa iba en serio, y tenía que obedecer a Nat Moore. Pero había perdido unos minutos preciosos intentando convencer a Matsuo para que abandonase su escuela de judo..., hasta que le mostró la estrella negra de la Kuro Arashi. A partir de ese mismo instante, todo pareció cambiar en Matsuo Shoji..., empezando por la expresión, que recobró toda su viveza.

Salieron tan de prisa de la escuela de judo que, prácticamente, se encontraron en los brazos de los tres hombres que se disponían a entrar.

—¡Eh, eh, eh...! —exclamó uno de ellos—. ¡Cuidado cómo se camina!

—Oye —dijo otro—: si este tipo es japonés, debe ser el tal Shoji. ¡Y ella tiene que ser la chica a la que tenemos que violar con todo regodeo durante dos días!

— ¡Esta vez nos ha caído trabajo fino... y agradable! —exclamó el tercero.

Y diciendo esto, adelantó una mano, agarró a Mary Jane por la blusa, y tiró de ella, mientras otro blandía una llave inglesa sobre la cabeza de Matsuo Shoji, dispuesto a descargar el golpe... La sorpresa fue mayúscula para este sujeto: antes de que su mano bajase para golpear a Shoji, se movió la mano sana de éste, impactando con suavidad en un lado del cuello del hombre, que lanzó un alarido y cayó de espaldas, paralizado momentáneamente bajo los efectos del atemi.

Mary Jane aprovechó la ocasión para intentar soltarse, pero su fuerte tirón sólo tuvo como resultado que la mitad de la blusa quedase en la mano del otro sujeto, que estaba lanzando una maldición al ver lo sucedido a su compañero...

—¡Corra! —gritó Matsuo—. ¡Corra, Mary Jane!

Con los senos casi al descubierto, la muchacha empujó al tercer hombre, e intentó pasar entre éste y el que le había roto la blusa... Una bofetada la tiró contra la pared, pero tras rebotar allí, esquivó la siguiente acometida del

hombre, y se dispuso a correr... El que había caído bajo los efectos del atemi de Matsuo, lanzó un grito de aviso, y disparó una de sus piernas, en la que Mary Jane tropezó, cayendo de rodillas al suelo.

—¡La chica! —gritó el sujeto—. ¡Es ella la que interesa, dejad a ese mico amarillo!

En un instante, Mary Jane se vio rodeada por los tres hombres, que la agarraron y comenzaron a tirar de ella hacia el coche que tenían estacionado allí mismo. Pese a su brazo escayolado, Matsuo Shoji se abalanzó hacia los tres canallas, pero, en aquel momento se oía el retumbar del motor de una poderosa moto, que apareció al instante. Una figura saltó de ella, y, al identificarla, Matsuo se detuvo, y sonrió secamente. Alguien iba a tener muy mala suerte aquella noche...

Nathaniel Moore apareció por sorpresa para aquellos tres hombres que sólo prestaban atención a Mary Jane, a la que golpeaban y empujaban hacia el coche, brutalmente, no permitiéndole la menor reacción...

—¡Taaaíííoooooo...!

Tan sólo el Kiai ya les heló la sangre en las venas. Nat apareció volando, pasó por encima de ellos que se encogieron, y su pie derecho descargó como un gigantesco martillo sobre el hombro de uno de los granujas, que cayó sentado, lanzando un alarido espantoso. Dos metros más allá, Nat Moore cayó de pie, y se revolvió, gritando:

—¡Ve con el Maestro, Mary Jane!

La muchacha consiguió escabullirse, y los dos hombres que quedaban en pie cargaron contra Nat, apoyados inmediatamente por el otro, que, aunque tambaleándose, estaba de nuevo en pie, y con una navaja en la mano. Farfullando palabrotas, los tres arremetieron contra Nat..., que, para su pasmo, acudía a su encuentro.

No eran enemigos de consideración para el rubio de los ojos azules.

El del cuchillo lanzó un berrido infrahumano cuando los dedos de una mano de Moore sé hundieron en sus ojos. Y aún estaba gritando con tal contundencia, que el hombre cayó fulminantemente desvanecido... Terminado este golpe, Nat Moore giró, esquivando el impacto de una llave inglesa, asió aquel brazo, lo alzó empujándolo hacia atrás, sujetándolo entre los dos suyos y retorciéndolo, y, al mismo tiempo que su rodilla derecha se hundía en el bajo vientre del sujeto, sus manos terminaban la torsión y la presión en el brazo que sujetaba... Fue un ude garami de la Kansetsu Waza de lo más espectacular y escalofriante: el brazo no sólo se rompió por el codo, sino que

el hueso apareció, perforando la carne y la ropa... El hombre lanzó una especie de maullido, y al soltarlo Nat, se desplomó sin sentido, lívido.

Y acto seguido fue Nat Moore quien lanzó un grito de dolor cuando el tercer enemigo consiguió golpearle con la llave inglesa. El golpe iba dirigido a la cabeza de Nat, pero la movilidad de éste era excesiva para el sujeto, que tuvo que conformarse con aplicar el golpe en un hombro del feroz adversario...

El cual, con el rostro crispado por el dolor, se volvió, le mantuvo el brazo en alto con la mano izquierda, cuando se disponía a golpear de nuevo, le agarró por la solapa con la mano derecha, y pareció que fuese a cargárselo en una cadera, tirando de él ahora hacia delante por los dos puntos asidos...

Perfecto.

El tsuri komi goshi de judo, el espectacular movimiento de cadera, alzó al sujeto y lo proyectó como una bala contra el coche, que vibró fuertemente. El hombre cayó de cabeza al suelo, se sentó, comenzó a ponerse en pie..., y la mano derecha de Nat Moore cayó sobre su cráneo, fulminándolo.

—¡Maestro! —llamó Nat—. ¡Venga, de prisa!

Shoji y Mary Jane corrieron hacia el coche, y, mientras el primero pasaba inmediatamente al asiento de atrás, Mary Jane, todavía con la preocupación de ocultar sus senos, se plantó ante Nat.

—¡Nat, no podemos...! -

—¿Subes al coche o te quedas aquí? —cortó Nat, pasando al volante a toda prisa.

—Pero tengo que explicarte...

—¡Adiós, tía buena! —se despidió Nat, poniendo en marcha el coche.

Pero, cuando arrancó, Mary Jane Colby se había apresurado a colarse al asiento de atrás, junto a Shoji, que sonreía como si acabase de ver el más bello y dulce espectáculo del mundo.

—¡Es que no lo entiendes! —gritó Mary Jane—. ¡No podemos marcharnos dejando ahí a esos hombres!

—¿Por qué no? —se interesó Nat, pasando junto a la abandonada moto de Sandy.

—¡Porque yo soy policía, y no puedo hacer eso!

Matsuo Shoji miró, inexpresivamente a Mary Jane. Al volante, Nat Moore se limitó a alzar los ojos un instante hacia el retrovisor para contemplar a la muchacha.

—¿Que eres... qué? —preguntó.

—¡Policía! ¡Me pusieron junto al señor Shoji después de lo que ocurrió en su gimnasio, y...!

—No es un gimnasio —farfulló Nat—: es un Dojo. Pero, claro está, a las personas que no son budokas, les permitimos que lo llamen gimnasio. Porque tú no eres budoka, ¿verdad?

—Ya te he dicho que soy policía —refunfuñó Marv Jane.

—Entiendo. O sea, que de Cinturón Negro de judo, nada. Lo que pasa es que en la Policía has aprendido unas cuantas cosas, entre ellas, naturalmente, algunas presas de judo, a las que llamáis defensa personal. ¿Qué le parece, Maestro?

—Yo ya sabía que Mary Jane no era judoka —dijo Matsuo.

—Naturalmente. Usted debió entenderlo mejor que yo. Por mi parte, pensé que sí sabía algo de judo, pero que no era Cinturón Negro, y que estaba fanfarroneando. Por eso, para saber hasta dónde llegaban sus conocimientos, me dejé dar aquella paliza. Mary Jane: eres un desastre haciendo judo. ¡Y ni siquiera conoces las reglas de...!

—Pero, ¡por el amor de Dios! —cortó, por fin, Mary Jane—. ¿Es que vamos a dedicarnos a hablar de eso ahora? ¡Lo que tenemos que hacer es aclarar la situación!

—Para mí ya está clara —aseguró Nat—. ¿Qué es lo que tú no entiendes?

La pelirroja se pasó las manos por la cara, con gesto de desespero.

— ¡Yo no entiendo nada de nada! La Policía quiso cerrar la escuela del maestro Shoji después de lo que sucedió, pero, finalmente, optaron por interesarse más a fondo por lo que sucedía, relacionándolo con las bandas de muchachos, cada vez más numerosas, que están cometiendo toda clase de tropelías. Así que acepté el asunto cuando me lo propusieron, en Los Angeles, que es donde presto servicio. Tenía que convivir con el señor Shoji, averiguar todo lo que pudiese, esperar a ver qué más cosas sucedían... Por eso, cuando me diste el recado y aquel dibujo para el señor Shoji, no le dije nada: quería seguir esperando a ver qué sucedía, y qué era aquella estrella negra, que podía ser el distintivo de una secta, o algo así-..

Matsuo Shoji y Nat Moore quedaron estupefactos. De pronto, Moore se echó a reír.

—¡En cierto modo, sí es una secta! —admitió—. Pero no creo que la Policía tenga nada contra ella, cachonda. ¿Y sabes una cosa? ¡Me alegro de que seas policía, porque eso va a simplificarme las cosas!

—¿Qué cosas?

—Te lo explicaré con pocas palabras... Yo podría ahora mismo, decirte todo lo que sé, y para mí habría terminado este asunto. Pero no voy a hacer eso. No señor, no lo voy a hacer así, porque no estaría satisfecho de mí mismo, ni merecería la confianza y el afecto de cierta persona, ni merecería, finalmente, ser budoka. Alguien se metió con una escuela de judo, ¿no es así? Bueno, ahora sólo le queda esperar la respuesta...

CAPITULO VIII

Detuvo el coche cerca de los muelles, y se volvió a mirar a Matsuo y Mary Jane.

—Si dentro de cinco minutos no aparezco en la cubierta del yate en el que me veréis entrar, el asunto es tuyo, Mary Jane.

—Pero ¿adónde vas? ¿Qué piensas hacer?

—Nat —murmuró Shoji—, quizá sería mejor que fuese la Policía la que terminase esto.

—No —negó secamente Moore—. Usted sabe que no puede ser así, Maestro...

—No soy tu Maestro —insistió Matsuo—. En todo caso, somos compañeros, pues ya he comprendido perfectamente que ambos recibimos lecciones del mismo hombre, así que...

—Así que nada. En primer lugar, el grado de usted es superior al mío. En segundo lugar, es mayor que yo, y merece todos mis respetos. En tercer lugar, yo no me dedico en la actualidad de modo habitual a la enseñanza del judo, y usted sí, de modo que usted es Maestro y yo no. En cuarto lugar, yo sé que nuestro Sensei estará de acuerdo en que a usted, uno de sus más antiguos alumnos, le llame Maestro; él es el Maestro de los Maestros, pero usted es Maestro...

—Ya sé a qué te dedicas habitualmente —sonrió el viejo Shoji—: ¡eres, orador!

—Médico —corrigió Nat, riendo—. Pero, volviendo al tema inicial, le diré por qué no voy a recurrir todavía a la Policía. Eso lo haremos después, para que se encarguen de lo que yo deje en pie. Ahora voy a hacer las cosas... al estilo samurai, con pleno derecho a venganza. Unos cuantos valientes, que, por cierto, están en Seattle, y que pronto la Policía podrá echarles manos, se metieron con un budoka cuya edad les resultó muy... cómoda. Está bien. No tuvieron en cuenta la calidad del hombre, su mentalidad limpia, su vida honesta, su dedicación a formar física y moralmente a un grupo de muchachos... ¡Okay, okay, está bien! Vamos a ver cómo muerden, ahora, un hueso joven. ¿Se enfrentaron al judo? Vale: ahora el judo va a por ellos. ¿Algo más. Maestro?

—No —musitó Matsuo Shoji.

—Pues hasta luego.

Se dispuso a salir del coche, pero Mary Jane le sujetó por un brazo.

—Nat...

—Dime, hermosa.

—Ten cuidado... Tenemos pendiente... una noche en compañía... mutua.

—¿Y qué haríamos tú y yo toda una noche juntos?

Mary Jane acercó sus labios a los de Nat, y éste no se echó atrás, por supuesto. Matsuo Shoji asistió, impasible, al beso, evitando mirar hacia el torso de Mary Jane, que había olvidado los jirones de su blusa...

—¡Oh, Dios mío! —gimió la muchacha, cuando Nat se apartó—. ¡Debí quedarme, anoche, contigo! ¡Me moriré si no vuelves!

—Pues me parece que vas a vivir más que una tortuga..., salvando la diferencia: tu caparazón no tiene nada de duro.

Sin más, Nat Moore se apeó, y se dirigió al borde del muelle. Segundos después, recorría la pasarela, y llegaba a la cubierta del yate. No había nadie allí. Claro: no esperaban visitas... Se dirigió a la doble puerta de acceso al interior del yate, la empujó, y emprendió el descenso de la elegante escalera de madera.

Estaba a la mitad del tramo cuando vio aparecer abajo a uno de los gorilas gigantes de Mae, que se quedó mirándolo con el ceño fruncido.

—¡Hey! —exclamó Bill—. ¿Adónde vas tú? ¿Quién te ha autorizado a venir?

—Tengo que ver a Mae inmediatamente —dijo Nat, sin detenerse, para explicarle—. ¡Ah!, estás aquí, Mae.

En efecto. Mae estaba allí, sentada en el diván corrido bajo el ventanal que daba a cubierta, ahora vestida normalmente, enorme, blanca, reluciente. E incluso hermosa, para asombro de Nat. Pero más asombrada estaba la propia Mae, y Luke, que estaba de pie junto a ella.

—¿Qué haces aquí? —exclamó la hermosa gorda.

—Ha ocurrido algo inesperado y terrible —dijo Nat—. Y he pensado que te gustaría estar al corriente. ¿No te ha llamado Conexión para decirte lo que ocurrió con Sam y otras cosas?

—No... ¿Qué ha pasado? —se alarmó Mae.

—Pues ha pasado..., y está pasando, qué un tipo llamado Nathaniel Lawrence Moore le está haciendo papilla toda la organización. Y eso no es nada. ¡La cosa sigue así!

Los tres personajes estaban pasmados. Y sólo comenzaron a reaccionar cuando la cosa, como dijo Nat, continuó así:

Al mismo tiempo que terminaba de hablar, se volvía hacia Bill, y le descargaba, en pleno pecho, un potentísimo tsuki de karate, que hizo retroceder a Bill hasta chocar con uno de los tabiques, para caer luego de bruces, sin respiración.

Para entonces, se estaba produciendo la reacción de Luke, que se apresuró a sacar la pistola. Es decir, a comenzar a sacarla, ya que no tuvo tiempo de terminar el gesto. Nat se acercó a él, le aplicó un espantoso rodillazo entre las ingles, y aún estaba Luke lanzando el berrido de dolor y cayendo la pistola al suelo cuando las manos del budoka le asieron por ambas solapas, giró colocándose de espaldas a él, y se inclinó, tirando de Luke hacia delante. Luke pasó por encima de él, impulsado por el morote sevi nage, pero, como Nat no lo soltó, cayó delante de éste, en un batacazo fenomenal que hizo retemblar de nuevo el yate.

Entonces sí lo soltó Nat, y al mismo tiempo que alejaba la pistola con un pie, corrió hacia Bill, que, de rodillas, recuperándose rápidamente, estaba sacando su pistola... La tenía ya en la mano cuando el pie derecho de Nat se la arrancó. Lanzando un alarido, Billy se puso en pie, tendiendo los brazos hacia Nat, que se inclinó ante él, alzando el brazo izquierdo para agarrarlo de la ropa; tiró de él de modo que Bill cayó sobre sus hombros, se irguió, y Bill fue a dar contra el techo del saloncito del yate, y cayó a plomo, quedando desvanecido inmediatamente. El kata guruma había sido de antología.

Unos pasos más allá, a trompicones, Luke gateaba en busca de su pistola. Se detuvo al ver de pronto, ante su rostro las piernas de Nat. Alzó la cabeza para mirar a éste..., y recibió en plena frente el tetsui, el aparentemente inofensivo atemi, que lo derribó completamente plano y extendido en el suelo, sin sentido.

Nathaniel Moore recogió las dos pistolas, las tiró hacia el fondo del pasillo, y fue a sentarse junto a Mae, que permanecía impasible.

—Nat para los amigos —dijo amablemente.

Una sonrisa apareció en los gruesos labios de Mae.

—De modo que eres mucho más peligroso de lo que pareces... Es un buen truco.

—No es ningún truco. ¿Qué culpa tengo yo de tener esta cara de buen muchacho y, al mismo tiempo, tener una mala uva de espanto?

—Eres un tipo impresionante... —rio Mae—. Pero dime: ¿qué has querido demostrar con todo esto?

—Que no es fácil darle una paliza a un judoka..., en condiciones normales, se entiende.

—De modo que eres un judoka...

—Cuarto Dan Kodokan... ¿Sabes lo que quiere decir eso, Mae?

—Me temo que no.

—Bueno, Cuarto Dan significa, para que lo entiendas, que soy Cinturón Negro cuatro veces. No es eso exactamente, pero es una manera aceptable de explicarlo a quienes no entienden de estas cosas. En cuanto a lo de Kodokan, significa que el Cuarto Dan lo obtuve ni más ni menos que en el Kodokan de Tokio. ¿Sabes lo que es el Kodokan?

—No tampoco.

—Pues bueno, el Kodokan, con respecto al judo, viene a ser algo así como la Casa Madre, el punto de irradiación del judo hacia todo el mundo. ¿Cómo te lo diría yo...? Conseguir el grado de judo en el Kodokan, donde son severísimos en los exámenes, viene a ser algo así como ser nombrado oficial de la Marina, directamente por el presidente de Estados Unidos de América. ¿Captas?

—Me parece que sí. Todo un fenómeno, vaya.

—¡Claro que no! —se sorprendió Nat—. Hay muchos como yo en el mundo..., afortunadamente. Soy un fenómeno para ti y estos desgraciados, pero para el Kodokan, para el judo, soy uno más..., y no de los mejores, precisamente.

—En ese caso, debe ser temible ver a otro mejor que tú.

—¡Caracoles...! ¡Ya lo creo! Pero, Mae, no vamos a pasarnos el rato hablando de judo, ¿verdad? Me encantaría, pero creo que tenemos conversaciones más urgentes.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, vas a decirme quién es Conexión y dónde encontrarlo. De este modo, yo iré por él, y le convenceré de que, a su vez, me diga quien es Center Point y dónde encontrarlo. Y así, pasito a pasito, escalón a escalón,

llegaré a la cima de vuestra organización, y la hundiré como si fuese una cáscara de nuez en una palangana.

—¿Así de fácil? —rio Mae.

—Así de facilísimo. ¿Alguna vez has matado una víbora?

—No... Caramba, no —se estremeció Mae.

—Yo sí. El mejor modo de hacerlo, rápido y seguro, es cortarle la cabeza. Cuando le cortas la cabeza a la víbora, el cuerpo todavía pega unos cuantos coletazos. Parece como si quisiera sobrevivir por sí mismo, sin la cabeza. Pero eso no es posible, ¿sabes? En poco rato, el cuerpo deja de moverse, y el asunto ha terminado. Te estarás preguntando: ¿adónde quiere ir a parar Nat con eso? Pues quiero ir a parar a lo siguiente: yo le hundo los sesos a Center Point de un golpe, y entonces, claro, la cabeza se muere. El cuerpo, o sea la caterva de personajes como tú, como Conexión, como los que andan por ahí apalizando ancianos y pervirtiendo..., o colaborando en la perversión de algunos jovenzuelos, todavía se agitará un poco. Muy poco. Luego, también el cuerpo morirá, falto de la dirección de la cabeza. Y entonces, nada de gente como Conexión, nada de gente como tú, nada de gente como estos payasos que tú debías llamar guardaespaldas, nada de asesinos y nada de pandillas de jóvenes idiotas drogándose y cometiendo tropelías por esos mundos. ¿Comprendes la jugada?

—Estás loco si piensas que vas a poder conseguir eso —murmuró Mae.

—Aún más: ¿conoces a algunos personajes importantes del otro bando? Ya sabes, de la organización que llamáis Cocktail. ¿Sabes quiénes son sus personajes más importantes, sus dirigentes?

—Claro que lo sabemos.

—Me los apuntarás en un papelito. Yo le daré ese papelito a la Policía, y ellos se encargarán de esa otra víbora. Vamos, que estoy dejando el campo convertido en un sembrado de flores, ¿comprendes?

—Estás loco —insistió Mae.

—Mae, por dentro eres una boñiga de la más pura mierda, pero por fuera hasta resultas apetitosa. ¿Te gustaría que yo utilizase mis manitas para dejarte por fuera igual que eres por dentro?

—¿Quieres decir que me golpearías? —rio ella.

—¡Qué disparate...! Un budoka evita en lo posible utilizar la brusquedad

con una mujer, gordita mía. A las mujeres las tratamos con suavidad. La suavidad es la madre de la belleza, pero en este caso sería la madre de la fealdad. ¡Caracoles, roe estoy liando...! Lo que trato de decirte es que, sin necesidad de golpearte, puedo arrancarte los ojos y las orejas, abrirte la nariz como si fuese un capullo mañanero, y arrancarte los dientes uno a uno. Luego, te exhibiría en un circo: ¡pasen, señores, pasen, la mujer más gorda y horrible del mundo! ¡A centavo la mirada!

—¡Eres un tipo extraordinario! —rio Mae—. ¿De verdad te parezco hermosa?

—Pues, de verdad, más bien sí. Sorprendente, pero sí. El otro contacto que tuvimos no te hizo justicia a mis ojos.

—Bien, vamos a llegar a un acuerdo... ¿Te gustaría ser rico?

—Ya lo soy —sonrió Nat—. Soy de esos repugnantes seres que nacen ya ricos, con unos padres rodeados de dinero, de educación, y de decencia. ¿Qué más?

—Puedes ser muchísimo más rico. Y, aparte, si realmente te gusto..., ¿por qué no disfrutar de ello? ¿O no te gustan las mujeres?

—Las mujeres me gustan más que una película médica donde se expone una intervención quirúrgica de altos vuelos. ¡Y mira que eso me gusta, gordita...!

Mae volvió a sonreír, se puso en pie, y comenzó a quitarse el vestido. Sentado, Nat asistió amablemente al espectáculo. Ella terminó de quitarse la ropa, se pasó las manos por las descomunales formas tersas y vibrantes, y entreabrió los ojos.

—¿Qué te parece? —susurró.

—Pues me parece que con un pecho tuyo se pueden fabricar tres de los bonitos.

—Vamos, no seas tonto... ¡La abundancia es buena en todo! Y te lo voy a demostrar...

Se sentó en sus rodillas. El diván crujió, pareció que fuese a tragar a Nat Moore, impulsado por aquel gran peso..., y un instante más tarde, las manos de Mae rodearon el cuello de Nat, cerrándose, en seguida, con una fuerza sorprendente, inaudita.

—¡Ahora verás, hijoputa... —jadeó la gorda.

La sorpresa había paralizado un instante a Nat. Cuando quiso reaccionar, se encontró con la no desdeñable sorpresa de que aquel peso le impedía moverle. Intentó empujar hacia delante para quitarse a Mae de las rodillas, pero sólo consiguió hundir el rostro entre los grandiosos senos..., y así quedó todavía más sofocado, cuando Mae empujó con ellos hacia delante, incrustando a Nat contra el respaldo...

—¡Grandísimo marrano! —aullaba la mujerona—. ¡Te voy a sacar del cuerpo tu asquerosa vida...!

La mano derecha de Nat apareció por un lado del cuerpo de Mae, se cerró, y golpeó en un costado. Mae soltó un berrido, pero continuó apretando con sus dedos y con sus pechos, con una furia y una fuerza absolutamente fuera de lo normal. Nat volvió a golpear, pero sólo consiguió que la furia de Mae aumentase, y con la furia, su fuerza, su presión en la garganta del judoka. Considerando su postura apoltronada, y el peso que tenía encima, tenía sentido que Nat no pudiera levantarse, y, ciertamente, un hombre corriente habría estado ya al borde del desmayo bajo la presión de aquellos dedos, que ahora parecían de acero, como las uñas que se clavaban en la carne del judoka... Pero Nat Moore, en más de quince años de judo, había soportado cientos de estrangulaciones incluso más poderosas que aquélla, y todavía podía resistir... Lo que no podía hacer, aunque él mismo se resistiese a creerlo, era moverse...

Y parecía que sus golpes sólo conseguían enfurecer y fortalecer a Mae...

De pronto, la idea: sin vacilar, Nat llevó la mano hacia el bajo vientre de Mae.

El alarido de Mae mientras saltaba de encima de Nat, hizo retemblar todo el yate. Quedó de pie delante del judoka, encogida, con las manos en el lugar destrozado tan despiadadamente, contemplando a Nat con los ojos desorbitados, llenos de lágrimas de incontenible dolor.

Nat se apresuró a ponerse en pie, tosiendo, llevándose las manos a la garganta, también llenos sus ojos de lágrimas... Por entre éstas, como deformada, vio moverse el corpachón espléndido de la gorda asesina, y reaccionó por instinto: movió su pierna derecha, sin flexionarla apenas, como si estuviese barriendo con el pie algo que tuviese ante él... La ejecución del okuri ashi barai fue perfecta: el pie de Nat encontró el izquierdo de Mae, lo barrió, lo llevó junto al derecho, lo barrió también, ahora los dos juntos..., y la gorda se elevó cosa de un metro, quedó, horizontal, y cayó como un gigantesco saco a los pies del judoka.

Pareció que los ojos de Mae fuesen a salirse de las órbitas. Su boca se abrió con desespero, sus facciones se desencajaron, de su garganta brotó una

especie de hipido..., y perdió el conocimiento.

En el mismo momento en que Nat Moore se dejaba caer en el diván, sonaba la voz de Mary Jane Colby en la entrada del living-yacht:

—¡Nat! ¿Qué estás haciendo?

Moore alzó una mano, en derrengado saludo.

—¡Hola! —jadeó—. Parece... que han pasado... los cinco minutos...

—¿Qué tienes en la mano?

Nat miró su puño, todavía fuertemente cerrado, y se quedó mirando el negrísimo vello.

—¡Caracoles! —consiguió sonreír, por fin—, ¡Un trofeo! Lástima que ya no queden muchos pieles rojas: les daría una idea mejor que ir cortando las cabelleras de la gente...

CAPITULO IX

Tenía una cabellera preciosa: rubia, larga, brillante... Como hilos de seda y oro. Y un cuerpo espléndido, fino, delicado, de una belleza que sobrecogía.

Cuando el criado lo dejó ante ella, junto a la piscina, donde la bellísima muchacha estaba tomando el sol en una extensible, Nat Moore estaba verdaderamente maravillado. Hacía un sol espléndido, todo era paz y belleza en aquella hermosa villa desde la que se veía prácticamente toda la ciudad de San Francisco...

La muchacha, que estaba en bikini y llevaba lentes de sol, se quitó éstos, y miró con amable curiosidad al visitante. Amabilidad que fue respaldada por una sonrisa. ¿Cómo no sonreír ante un muchachote tan atractivo y, al mismo tiempo, estrafalario, con sus greñas rubias...?

—¿Busca usted a mi padre, señor Moore? ¿O quizá Henry no me ha transmitido bien su nombre?

—Sí, sí... Soy Nat Moore.

—Bueno, yo soy Chris Doversham. ¿Qué quiere usted de mi padre?

—Si a usted le parece bien, preferiría disfrutar de su contemplación y conversación mientras lo espero a él aquí mismo.

La preciosa rubia frunció un instante el ceño. Luego, hizo una seña al criado, que se alejó hacia la casa, blanca, de tejado rojo, con encantadoras cortinas blancas en las ventanas. ¡Aquello sí que era tener una casa!

—Siéntese, señor Moore.

—Gracias, muy amable.

Nat ocupó otra de las extensibles, de cara al sol, y lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Está usted cómodo? ¿Se siente a gusto?

—Mucho, gracias —miró a la muchacha, y sonrió—. Esta es la clase de vida que vale la pena vivir, ¿verdad?

—Supongo que sí. No lo sé, porque no conozco otra..., pero por lo que tengo oído, no me gustaría vivir de otra manera.

—Lo comprendo. Sin embargo, hay mucha gente que vive de otra manera.

—Ya. ¿Y usted... de qué parte está? ¿De los que viven como yo o de los

que viven de otra manera?

—¡Oh, yo estoy de parte de todos!, siempre y cuando cada cual disfrute de lo que haya ganado honradamente. ¿Sabía usted, señorita Doversham, que su padre no ha ganado todo esto honradamente?

—¿Qué dice...?

—Tranquilícese. ¿Toma usted drogas?

La muchacha se sentó vivamente en la extensible.

—¿Por qué le interesa a usted eso? ¿Acaso es policía?

—No, no... Sólo soy médico... Y budoka. Concretamente, judoka. ¿Sabe usted de qué le hablo?

—Más o menos.

—Le aconsejo que se interese por saber más que menos, de aquí en adelante. Por cierto, si le interesa aprender judo, puedo darle la dirección de una buena escuela: la Shoji Dojo. ¿La conoce?

—¡Claro que no!

—Lo siento por usted. La Shoji Dojo ha estado... en suspensión de clases por un par de semanas, pero, afortunadamente, las cosas van a volver pronto a su cauce. Es bueno que haya escuelas de judo, ¿sabe usted? Y de karate, y de kendo... Y gimnasios, pistas deportivas de toda clase... Así, los muchachos desarrollan su cuerpo armónicamente, y su mente aprende pronto una cosa, no siempre se gana, y la gente que nos rodea puede ser formidable... si nosotros somos formidables. Como suele decirse, hay que predicar con el ejemplo.

—¿De qué manicomio se ha escapado usted?

—De uno llamado Kodokan —Nat entornó los párpados—. Apuesto a que esa palabra tampoco le dice nada.

—Por supuesto que no.

—Lamentable. ¿Sabe, señorita Doversham?: anoche tuve mucho trabajo, estoy cansado... No ha sido fácil, no... Estoy tan tranquilo en Nueva York, trabajando en el hospital, cuando recibo una carta dándome determinadas instrucciones. ¿Qué hago entonces? Pues, ¡zas!, tomo el primer avión a San Francisco, y me dejo caer aquí como un pazguato simpático e inofensivo. ¿Y qué resulta de todo ello? Pues, que recibo una paliza, que quieren matarme, que conozco muchachos que toman drogas a montones, que roban, se pegan palizas... Pero no de un modo aislado, como sucede en tantas partes ... donde

no hay escuelas de judo, no. Todo eso está organizado: primero se hacen muchas bandas de golfillos, y de ahí salen buenos elementos que pasan a engrosar las bandas de sujetos adultos dedicados, digamos profesionalmente, a la delincuencia... ¿Qué le parece todo esto?

—No sé... ¡Una cochinada!

—¡Ah! Celebro que estemos de acuerdo. Pero resulta que yo voy y me meto de cabeza en el tinglado, y lo destruyo todo. Anoche repartí leña en cantidad considerable, acogoté a una asesina gorda, le hice explicarme dónde vivía y quién es Conexión, así que me fui allá, le di una clase privada de judo, y... ¿qué diría usted que me dijo Conexión?

—Ni siquiera sé quién es Conexión.

—¡Oh, perdón! Conexión es... era el intermediario entre todo ese grupo de muchachos y criminales y el gran jefe de la organización, el hombre al que llaman Center Point.

—¡Ah! ¿Y quién es Center Point?

—Su padre de usted: el aparentemente muy honorable señor Wayne T. Doversham.

La hermosa rubia palideció intensamente.

—Usted... usted está loco...

—No. Le explicaría más cosas, pero en realidad, no tengo muchas ganas de hablar. Supongo que, a usted, el nombre de Rosie no le dice nada.

—No... No.

—Era una muchacha... descarriada, pero encantadora y dulce. No era mi tipo, pero las circunstancias mandan. Normalmente, habría olvidado a Rosie después de simpáticas horas de intimidad con ella, pero ahora va a ser muy difícil que la olvide jamás. ¿Y sabe por qué?: pues porque anoche, dos de los criminales que trabajaban para su padre, la asesinaron. Le metieron dos balas en el pecho. Se llevaron a la muchacha a un hospital, la metieron en el quirófano... Ha muerto esta madrugada, hacia las tres. Lo siento profundamente por Rosie, pero espero... espero que eso haya abierto los ojos a otros muchachos.

Chris Doversham se llevó las manos a la frente.

—No... no entiendo bien todo esto... ¡No lo entiendo bien.

—Lo entenderá cuando asista al juicio contra su padre y los de la

organización Cocktail.

—¿La... la qué...?

—La Cocktail era una organización rival de la de su padre. La gorda Mae me dio, anoche, algunos nombres, yo los pasé a la Policía, y anoche mismo se hizo la gran redada. ¡Usted no sabe la de porquería que llegó a salir por todas partes! Y finalmente, sólo quedó un personaje, el... ingenioso creador de todo este sistema de delincuencia y vicio: el honorable señor Doversham. Yo he venido a por él.

—No puede ser cierto... ¡No!

—Sí. La Policía está esperando cerca de aquí. Me han concedido el... privilegio extraordinario de terminar este asunto, digamos discretamente. Todo lo que tengo que hacer es agarrar a su padre por una oreja, y llevarlo ante las verjas. Allá, se harán cargo de él. Y será inútil que niegue nada, que se busque el mejor abogado, etcétera. Tenemos vivo..., aunque bastante maltrecho, a Conexión, a Mae, a otros... Se acabó, simplemente. ¿Sabe por qué he querido venir yo, personalmente a por su padre?

—No... ¿Por qué?

—Porque me gustaría echarle en la cara mi Kiai... ¿Sabe lo que es el Kiai?

—No, no...

—¡Taaíííoooooo...! —lanzó Nat Moore, poniendo en el grito toda su energía.

La muchacha respingó fuertemente, casi saltando de la extensible.

—¡Dios mío! —tartamudeó—. ¿Qué... qué es eso?

—Puede ser un grito de amor..., y puede ser un grito de muerte. En el caso de su padre, me gustaría que él viniese con una pistola, o algo así... Que intentase matarme. Porque entonces, señorita Doversham, yo lanzaría mi Kiai al rostro de su padre, precediendo a mi puño, que me gustaría le penetrase hasta lo más profundo de su pecho, hasta el corazón, para detenerlo para siempre... Por eso he querido venir personalmente. Sólo por eso.

La lividez de Chris Doversham era cadavérica. Su barbilla temblaba, se oía el chocar de sus dientes... De pronto, desvió la mirada hacia la casa, y se puso en pie de un salto.

—¡Papá! —gritó—. ¡Papá, no vengas, escapa...! ¡Corre!- ¡Es un judoka que ha venido a matarte!

Nat Moore se había puesto en pie con la velocidad del rayo, volviéndose hacia la casa. Frente a ésta, como clavado al suelo en aquel momento, vio al hombre. Un hombre alto, hermoso, vestido deportivamente con seria elegancia. Impecable, imponente, impresionante, Desde allí, Nat Moore pudo ver perfectamente cómo su rostro quedaba blanco.

Luego, el hombre continuó caminando, acercándose a ellos. Chris Doversham corrió hacia él, gritando. Cuando llegó a su lado intentó hacerle dar la vuelta, le empujó, le abrazó..., pero Wayne T. Doversham la apartó suavemente, y continuó caminando hacia el judoka, que entornó los párpados y apretó los labios.

Dejando atrás a su hija, que seguía gritando y llorando, Doversham llegó ante Nathaniel Lawrence Moore.

—¿Quién es usted? —susurró.

—Nathaniel Moore, Cuarto Dan Kodokan de Judo, Primer Dan Shotokan de Karate, Segundo Dan de Aikido, aficionado a otras Artes Marciales, y, en definitiva, un budoka. En cuanto a usted, no me diga quién es, porque lo sé: Center Point. ¿Correcto?

—Correcto —murmuró Doversham, bajando la cabeza.

—Nos están esperando afuera... ¿Salimos por las buenas?

—Sí.

—Lástima —se lamentó fríamente el budoka—. Es una verdadera lástima, Center Point.

* * *

—Es una lástima para vosotros que después de que el Maestro Shoji me haya presentado a todos, tengáis que permanecer unos días bajo mi dirección —dijo Nat Moore—. Y digo que es una lástima, porque os voy a hacer trabajar hasta que el Dojo se convierta en una piscina que habréis llenado con vuestro sudor. ¿Algo que oponer?

El silencio era total, y así continuó. Sentado bajo el gran retrato de Jigoro Kano, con su brazo escayolado, Matsuo Shoji asistía a la introducción de Nat Moore como profesor en su Dojo hasta que él estuviese en condiciones de volver a tomar la dirección total. De pie ante él, Nat Moore, con su atuendo de judoka, las manos en la cintura, el cinto negro correctamente anudado, los cabellos revueltos, la mirada viva desplazándose de un lado a otro, pareció decepcionado por no encontrar oposición. Pero tanto él como Matsuo Shoji tenían, que hacer esfuerzos para contener la sonrisa ante la expresión de los

muchachos, que contemplaban al profesor interino de judo, todavía pasmados. ¿Aquel jovencito era Cuarto Dan de Judo...?

—¡Venga, todo el mundo a trabajar! —batió palmas Moore—. ¡Y el que no ponga toda su energía en el Ne Waza, se las va a ver conmigo, que en el suelo soy una verdadera bestia! ¡Vamos, vamos, el tiempo es oro, ya os estáis haciendo viejos...! ¡Preparados por parejas!

A toda prisa, los judokas que nuevamente llenaban el tatami de la escuela del Maestro Shoji, se sentaron, espalda con espalda. Y de nuevo el silencio, hasta que, de pronto, resonó la voz de Moore, como un trallazo:

—¡Hajime!

La voz de «¡Atacad!», que también puede traducirse por «Empezad», fue obedecida por los judokas como si les hubiese provocado una descarga eléctrica. Se volvieron cada uno hacia su pareja, tendieron las manos, agarraron las ropas del otro... Comenzó el sudor, los gritos, el rumor de cuerpos sobre el tatami, las estrangulaciones, las inmovilizaciones, las presas al brazo...

Matsuo Shoji cerró los ojos, y tragó saliva. Aquél era su mundo, aquélla era su vida. Era viejo ya para competir personalmente, pero todavía podía vivir muchos años enseñando judo, con todas sus consecuencias... Notó cómo Nat Moore se sentaba junto a él, a su izquierda, naturalmente, y abrió los ojos.

—Algo bueno saldrá de aquí —señaló Nat a los judokas.

—Sin la menor duda. Nosotros, los judokas...

No dijo nada más. Se quedó mirando hacia la entrada, y Nat siguió la dirección de su mirada. ¿Quién estaba allí? Ni más ni menos que Sandy Lowell, el joven-cito que en cierta ocasión, días atrás, había amenazado con castrar a un Cuarto Dan de judo. Ahora, triste el rostro, en su recuerdo todavía vivísimo el entierro de su hermana, Sandy Lowell aparecía allí, tímidamente, huidiza la mirada, pálido...

—¿Me permite un momento, Maestro?

Matsuo asintió con la cabeza. Nat se acercó al borde del tatami, donde se plantó, las grandes manos de piedra en la cintura.

—¿Quieres algo, Sandy?

—No, no... Sólo quería... ver esto...

—Pues ya lo estás viendo. Siéntate, si quieres.

—Bueno... Hay algunos muchachos... esperando afuera... No saben si se les permitirá la entrada...

—Aquí no se prohíbe la entrada a ninguna persona decente.

—Sí, ya sé... Bueno... ¿Esto es judo?

Nat Moore frunció el ceño.

—Esto es una parte de la parte visible del judo.

—Yo diría... que se están... peleando.

—Así parece.

—Creo... que podría hacer eso.

—Seguramente, porque eso lo puede hacer cualquiera. La pregunta es si podrías aprender judo DE VERDAD.

—Creo que sí. Creo que me gustaría.

—Ven conmigo.

Nat se volvió, saludó hacia el tatami, y salió de éste. Asió de un brazo a Sandy, lo llevó a los vestuarios, y en un abrir y cerrar de ojos Sandy se encontró metido dentro de un judogi, que Nat sujetó con el cinturón blanco, anudándole con seco y fuerte gesto. Hecho esto, agarró de nuevo a Sandy por un brazo, y lo llevó hacia la sala. Le hizo saludar al tatarni y al maestro Shoji y, acto seguido, batió palmas. En el acto, todos los judokas dejaron de luchar en el suelo, y se volvieron hacia el extremo del tapiz.

—Afuera hay algunos más esperando, y los iré a traer en seguida —dijo Nat Moore, sonriendo perversamente—. ¡Pero mientras tanto, aquí tenemos un pichón! ¡A ver: un voluntario para darle un buen repaso...!

ESTE ES EL FINAL

Como todas las personas de clara inteligencia y bondad, el viejo Sensei Takeo Inomura sabía apreciar el sentido del humor, y captar, entre bromas y risas, la verdad de un asunto, la verdad sobre una persona. Una persona que, cuando es como Nat Moore, resulta tan divertida que incluso vale la pena leer varias veces sus cartas.

Takeo Inomura, el cerebro de la Kuro Arashi, había leído varias veces la última carta de Nathaniel Moore, que, entre otras cosas decía:

«Yo ya sé que en todo esto ha intervenido usted, Sensei, utilizando sus influencias en el Kodokan. Quizá no debería aceptar tan gran recompensa a mi modesta labor, pero pienso que si usted ha creído que la merecía, así debe ser. Ostentaré con gran satisfacción el Quinto Dan que me ha sido notificado por el Kodokan, y espero ser siempre digno de tan alto grado. Tan digno como estoy seguro lo será Matsuo Shoji con el Séptimo

Dan que también el Kodokan le ha notificado. En realidad, ¿qué hicimos nosotros? Pues, pensándolo bien, algo cojonudo, si me permite la expresión: nada menos que conseguir que no desapareciese la escuela del Maestro Shoji.

«Pero, en fin, eso ya pasó. Lo que no olvidaré nunca fue la inoportunidad del maestro Shoji cuando me llamó por teléfono para notificarme que el Kodokan nos había concedido un grado más. Sí, el maestro Shoji fue de lo más inoportuno, porque resulta que yo no estaba solo en aquel momento.

«Estaba en la cama, con Mary Jane Colby, esa chica policía, que dice que lo va a dejar todo y se va a venir conmigo a Nueva York, porque está loca por mí. Yo le estaba diciendo a Mary Jane:

»—Lástima que estés tan flaca.

«—¿Flaca yo? ¿Flaca... de dónde?

«—De todas partes,, cachonda. ¡A mí, las mujeres que de verdad me gustan, son las que tienen de todo en superabundancia! Como Mae, por ejemplo.

»—¡Oh, no!

»—Sí, señora. Y me gusta que me abracen fuerte, para intentar estrangularme...

»—¿De modo que quieres que te estrangule?

»—Si ha de ser al estilo de ella, sí.

«—Pero, Nat, yo no tengo tanto... tan grandes los... Quiero decir que con el pecho no creo poder...

»—Inténtalo.

«Sí, el maestro Shoji fue inoportuno, porque llamó justo cuando Mary Jane Moore estaba intentando estrangularme con tanto entusiasmo que casi lo consigue... Pero cuando terminé de hablar con Matsuo Shoji, me volví hacia mi mujer, y le dije...»

Sensei dejó de leer la carta de Nat Moore, y miró hacia su jardín, hacia el sol poniente, hacia los silenciosos árboles llenos de pajarillos acomodándose para dormir..., lo cual debía estar haciendo Nat Moore, pues en Estados Unidos ya era noche completa.

F I N





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:



¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.



APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Impreso en España